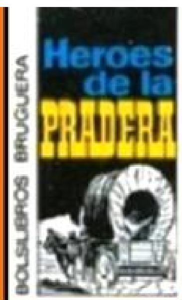
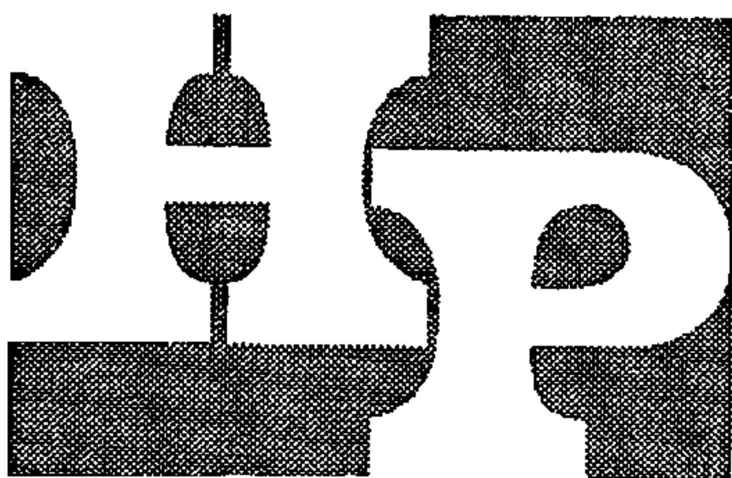


Silver Kane

LOS OJOS DEL BUITRE





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

LOS OJOS DEL BUITRE

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 137
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

Depósito Legal B 23795-1965

Impreso en España - Printd in Spain

1.º edicción: agosto, 1972

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Capítulo primero

Sus ojos parecían verlo todo.

Aquellos ojos eran inquietantes, duros y profundos como las aguas de un lago sin fondo. Eran como los de un pájaro de presa y al mismo tiempo como los de un puma. En todos los lugares donde Vanee se presentaba, la gente se fijaba en sus implacables ojos.

Igual le ocurrió con los miembros de aquella caravana que se dirigía hacia el Sur, atravesando las llanuras de Kansas.

Vanee vestía como un cazador, tenía la piel del color de los indios y llevaba un rifle cruzado a la espalda. Montaba un caballo pinto y tras él venía un carromato de lona muy blanca, tirado por dos caballos percherones muy seguros, pero que debían desarrollar escasa velocidad.

Los miembros de la caravana, que se disponían a acampar, le dieron el alto en seguida.

Eran pocos.

Tres carromatos donde viajaban cuatro hombres, cuatro mujeres y doce niños. Una presa muy fácil para los forajidos y para los indios, cuando llegasen a las zonas que la caballería ya no podía defender. Por eso quizá estaban todos tan nerviosos.

—¡Quieto o disparamos!

Vanee alzó las manos suavemente, mientras sus ojos de ave de presa se fijaban en el hombre. Un hombre honrado, sin duda, de los que buscaban nuevas tierras para que un día sus hijos pudieran tener una vida mejor. Vanee notó su escasa experiencia al darse cuenta del modo como el rifle temblaba en sus manos.

—Vengo en son de paz —dijo lentamente.

—Entonces desabróchese el cinto.

—No tengo inconveniente.

Vanee se desciñó el cinto, lo entregó al hombre que le amenazaba y luego miró en torno suyo calmosamente.

La pequeña caravana estaba acampada en un llano, pero muy cerca de una colina boscosa. Eso era un grave error, ya que cualquiera que pensase atacarles podía llegar hasta pocas yardas sin ser visto, sólo avanzando por entre los árboles de la colina. Los niños jugaban por entre los carros, y reunirlos en caso de tiroteo hubiera costado un tiempo demasiado largo. También los carros estaban muy alejados unos de otros, de modo que hubiera resultado casi imposible reunirlos en breves minutos para formar un frente conjunto. En fin, todos los errores que podían cometer unos viajeros los habían cometido aquellos seres que se adentraban por las tierras más salvajes del Oeste.

El hombre del rifle preguntó:

—¿Qué busca por aquí, forastero?

—Forasteros lo son ustedes también —sonrió Vanee—. Pero contestaré a su pregunta: Viajo hacia el Sur. ¿Adónde van ustedes?

—También al Sur.

—¿A qué parte?

—Nos han dicho que hay buenas tierras libres cerca de la frontera de Texas y Nuevo México.

—Pero aquélla es zona india…

—No pensamos llegar propiamente hasta el terreno de los nativos. Nosotros somos gente pacífica, amigo mío, y en cuanto hallemos las tierras libres nos aposentaremos sin buscar camorra a nadie. ¿Y usted qué? ¿Va también al mismo sitio?

—Yo voy un poco más lejos. Yo voy a territorio indio.

El hombre del rifle retrocedió un paso. Otros dos hombres miraban también a Vanee, con las manos sobre sus armas.

—Hum… No me gusta.

—¿Por qué? —preguntó Vanee.

—Por sus ojos. Tiene usted mirada de buitre.

—Eso ya me lo han dicho otros, pero no es culpa mía.

—Y además va a territorio indio…

—Tampoco es culpa mía. Tengo algo muy importante que hacer allí. ¿Por qué no permiten que me una a ustedes?

—¿Ha venido con ese propósito?

—Les he estado viendo avanzar desde el mediodía aunque

ustedes no me han visto a mí, y me he dado cuenta de que llevamos la misma dirección. Desde que he puesto rumbo hacia ustedes lo he hecho con el propósito de pedirles que viajáramos juntos. Me parece mucho más razonable.

El hombre del rifle pareció meditar acerca de aquella proposición.

Miró de soslayo a sus compañeros.

Todos parecían pensar lo mismo. Les parecía razonable la idea de admitir un compañero más, pero no les gustaba la mirada de sus ojos.

—Usted lleva carreta… —dijo el del rifle.

—Sí, y es buena. No les causaré ningún entorpecimiento con mi ritmo de marcha.

—¿Y qué lleva en la carreta?

Vanee entornó los párpados.

Por un momento desapareció la mirada enigmática, casi siniestra a sus ojos.

Dijo al fin, al cabo de unos instantes:

—Llevo una mujer. Una mujer que está encinta de ocho meses.

—¿Es su esposa?

El hombre del rifle acababa de hacer la pregunta. Vanee entornó los ojos de nuevo, mientras hundía un poco la cabeza.

Al fin balbució:

—No, no es mi esposa.

* * *

Desde lo alto de la colina boscosa, los seis jinetes contemplaron la caravana que se disponía a vivaquear en aquel costado del valle.

Como ya le había ocurrido a Vanee, aquellos seis jinetes se dieron cuenta de que los miembros de la caravana habían cometido muchos errores al acampar allí. Eran muy vulnerables, y destruir sus efectivos resultaría un juego de niños.

Los jinetes estuvieron detenidos un largo rato, en silencio, como si mentalmente se trazaran un plan de acción.

La caravana no era una presa muy apetitosa, pero había en ella buenos caballos y sin duda alimentos en abundancia. También había mujeres jóvenes. Los seis hombres de la colina estaban faltos de todo eso desde que tres semanas antes atravesaran fugitivos la

frontera de México, en unos malos pencos, y con tan pocas balas y dinero que no se atrevían a presentarse en ningún lugar habitado. Ay del viajero que no tenga balas para defender su vida ni dólares para beberse una mala botella.

Así se encontraban ellos, y necesitaban corregir tal error.

Larkins, el jefe del grupo, se acarició su espesa barba gris y masculló al cabo de unos instantes:

—Vamos a acercarnos un poco.

—¿No nos verán?

—No hay peligro. Esos tipos son más inocentes que un pichón. Se ve que no han viajado nunca por tierra salvaje.

Los jinetes avanzaron, y el último tuvo que tirar de una cuerda que llevaba sujeta a la silla. Se vio entonces que los seis hombres llevaban un prisionero, un tipo vestido de negro, con aspecto de predicador, al cual obligaban a viajar de cualquier modo, atado por una larga cuerda a la silla de uno de los caballos.

El tipo vestido de negro, a pesar de la fatiga que reflejaba su semblante, no parecía triste. Más bien daba la sensación de aceptar todo aquello con resignación y como una prueba que le enviaba el cielo. Por el Oeste se encontraban de vez en cuando tipos así, raros y preciosos como perlas, pero dotados de una fe extraordinaria, tipos que trataban de redimir con su palabra a los peores pistoleros, y que frecuentemente resultaban asesinados por éstos.

El prisionero obedeció dócilmente los dictados de la cuerda, pero dijo en voz alta:

—Ya sé lo que te propones, Larkins.

Larkins le miró socarronamente, acariciándose otra vez la barba.

—No hace falta ser muy listo para darse cuenta. Pretendo cargarme a esos tipos y apoderarme de sus víveres, sus caballos y sus mujeres. Justo todo lo que me hace falta para vivir a partir de ahora como un hombre, no como un perro. ¿Es eso pecado, predicador?

—Sí, porque lo conseguirás mediante la violencia.

—¿Y qué tiene de malo la violencia, si puede saberse?

—Está condenada por todas las leyes divinas.

—¿Incluso cuando la violencia es para hacer el bien?

—La violencia siempre es condenable, pero además vosotros no la empleáis para hacer el bien, sino para conseguir un mal.

—¡Cállate de una vez, maldito farsante!

—No soy un farsante, y vosotros lo sabéis. Mi palabra es la palabra de la paz.

—¡Y así te van a ti las cosas! ¡Atado como un perro a la silla de un caballo y lleno de mugre! ¿Cuándo te ahorquemos aún predicarás la paz?

—Yo predicaré la paz aun cuando me metáis en aceite hirviendo.

—Pues mira, me das una buena idea. Si esa gente lleva aceite, puede que te friamos esta misma noche.

Aquella amenaza, dicha por un tipo como Larkins no era vana. Resultaba muy capaz de hacer la salvajada que decía. Sin embargo, el predicador no se arredró; al contrario, dijo con voz muy tranquila:

—He de haceros una advertencia.

—¿Tú?

—Sí, yo, y ya sabéis que soy de los que no mienten. ¿Veis a ese tipo que lleva un rifle cruzado a la espalda y que está hablando con el que parece ser el jefe de la caravana?

—Sí. Uno que viajaba con un solo carromato.

—Pues es mi hermano.

—¿Tu qué…?

—Mi hermano Vanee. Una pobre alma extraviada para quien la violencia no constituye ningún pecado, sino al contrario, una gran atracción. Un hombre a quien nuestro padre, que era predicador como yo, ya tuvo que arrojar de casa porque para él no existía más ley que la del revólver. Ése y mi hermano Norman han sido la perdición de nuestra familia.

Larkins se volvió a acariciar la barba.

—De modo que hasta un bicho como tú tiene hermanos, ¿eh?

—Ya os lo he dicho: Vanee y Norman, que es el más joven.

—Bueno, pues has hecho bien en avisarnos. Empezaremos por liquidarle a él.

—¡No desencadenéis la violencia! ¡En el nombre de todas las leyes divinas os lo digo! ¡La piedra que lancéis volverá sobre vuestras cabezas! ¡La pólvora de vuestros revólveres os ahogará a vosotros mismos! ¡Los cascos de vuestros caballos infernales os astillarán los huesos! Los…

Larkins, ya lleno de ira, masculló:

—¡Calla, botarate!

Hizo que su subordinado tirara de la cuerda, y el predicador cayó al suelo, aunque sin lanzar un gemido. Inmediatamente se desencadenó el ataque.

* * *

Vanee vio venir a los jinetes cuando ya estaban encima, pero unas décimas de segundo, antes había escuchado el ruido de sus cascos al descender la colina. Con un movimiento de rapidez alucinante, puso en línea de tiro el rifle que llevaba colgado a su espalda.

Todo lo sucedido a continuación fue tan rápido que los hombres y mujeres de la caravana no pudieron ni siquiera seguirlo con los ojos.

Vanee disparó cuatro veces, casi sin apuntar. Ahora sus ojos, implacablemente fijos, parecían más que nunca los de un buitre.

Se oyeron cuatro gemidos casi simultáneos, y otros tantos hombres cayeron rodando por entre los árboles, colina abajo. Ni uno de ellos había tenido tiempo de disparar. Los otros dos volvieron grupas como si les persiguiera el mismo diablo, y se perdieron entre el bosque. Vanee no llegó a ver que uno de los que huían llevaba un prisionero.

Se acercó parsimoniosamente a los muertos —pues no cabía duda de que los cuatro hombres habían sido alcanzados bien—, y empezó a nombrarlos uno a uno.

—Éste era Larkins, el jefe. Un fulano que había actuado mucho por la frontera de México. Mal bicho.

Descendió del caballo para dar vuelta con el pie a otro de los cuerpos.

—Éste era Bud, su lugarteniente. Fue un famoso ladrón en otro tiempo. Estaba condenado a veinte años, pero consiguió huir.

Miró al tercero.

—Éste era Jansen, un buen chico descarriado. Lástima haberlo matado tan pronto. Me hubiera gustado tener una conversación con él. Claro que luego lo hubiera liquidado igualmente, para que aprendiese.

Y al cuarto:

—Uf, éste era Bukare, quizás el peor de todos. Un asqueroso asesino de mujeres. Siento haberle matado tan rápidamente. El muy granuja ni se habrá dado cuenta.

Se volvió hacia los miembros de la caravana. Tuvo la sensación de que éstos no le escuchaban. Le miraban asombrados, con los ojos dilatados y las bocas muy abiertas.

El del rifle balbució:

—Oiga… ¿a usted quién le ha enseñado a disparar?

—Mi hermano Norman; el sí que lo hace bien. Yo no paso de ser un simple aprendiz, pero con el tiempo espero perfeccionarme.

—Pero… ¡pero si les ha dado en el corazón!

—Eso es lo malo. Yo les había apuntado a la cabeza.

Sopló el cañón del rifle y añadió:

—Bueno, ¿puedo agregarme a la caravana?

Los otros aún seguían con la boca abierta.

Al jefe le fue difícil decir:

—¿Có… cómo… cómo no…, a… a… amigo? La… la caravana es suya…

CAPÍTULO II

Fue dos días más tarde cuando encontraron aquel cadáver.

Estaba en el centro de una llanura seca, clavado a una estaca, y se le veía desde gran distancia. Los ojos de buitre de Vanee fueron los primeros en distinguirlo, sin embargo, hizo una seña para que se detuviese la caravana.

Todos obedecieron. Todos obedecían lo que mandaba Vanee desde que le vieron matar a cuatro hombres en menos de cuatro segundos. Y no sólo por eso, sino porque además en todo lo que ordenaba había siempre una gran dosis de razón.

Desde que él se agregó a la caravana, todo marchaba mucho mejor. Avanzaban con más rapidez y con menos fatiga. No sentían la zozobra de antes. Vanee conocía además todos los caminos buenos, todas las hierbas medicinales, todos los arroyos donde el agua era cristalina y fresca.

Y ahora había visto a aquel hombre.

Sus facciones se contrajeron cuando dijo con voz seca:

—Avanzaré solo.

En efecto, avanzó solo, y llegó hasta pocos pasos del muerto. Éste era un hombre todavía joven, vestido de negro, en cuyas facciones bondadosas se leía sin embargo una gran decisión. Estaba atado a un poste y caído hacia adelante. Sus facciones no reflejaban dolor, sino más bien una gran resignación, a pesar de lo espantosa que debió haber sido su muerte. Le habían matado a tiros, pero antes le habían quemado la piel con aceite hirviendo.

En las facciones de Vanee no se dibujó ninguna expresión al identificar el cadáver de su hermano Josuah.

Sólo sus ojos de buitre brillaron un poco, pero eso fue todo.

Vio de soslayo que los otros miembros de la caravana se

acercaban poco a poco. Los detuvo con un gesto.

—¡Quietos! ¡Atrás! ¡Los niños no deben ver esto!

La caravana se detuvo. Él se volvió poco a poco hacia los que se habían acercado.

—Quiero una pala —dijo.

—¿Va… a enterrar a ese hombre?

—Sí.

—Le prestaremos ayuda…

—No. A este hombre debo enterrarlo yo solo y con mis propias manos. Nadie más debe tocarle. Sé que él me lo agradecerá.

—¿Es que era algo suyo?

—Mi hermano Josuah.

—¿Su… hermano?

—Sí. El mejor hombre que ha pisado el Oeste, después de mi padre.

Los cuatro hombres de la caravana habían salido de sus carromatos, acercándose. Contemplaban la horrible escena con esa secreta fascinación que siempre produce la muerte.

—Dios santo, es espantoso…

—Dejen de hacer comentarios y denme la pala.

Se la dieron. Vanee, bajo el ardiente sol, cavó una sepultura. No quiso que nadie le ayudara, y sus ojos inmóviles miraron más que nunca como los de un buitre.

Al terminar, dos horas más tarde, devolvió la pala sin decir una sola palabra.

Una de las mujeres se atrevió a susurrar:

—¿Quién lo ha matado?

—Seguramente los hombres de Larkins. Quedaban dos con vida.

—¿Pero por qué? ¿Por qué…?

—Quizá lo llevaban prisionero ya entonces, y se han enterado de que era mi hermano. Los hombres de la banda de Larkins no perdonan jamás. Son reptiles asquerosos, mientras que mi hermano renegaba de la violencia.

—La Ley los castigará… —balbució la mujer.

—Los castigaré yo.

—¿Pero usted… cree que… vamos a encontrarlos en nuestro camino?

—Yo me encargaré de encontrarlos. Yo les demostraré que no

soy como era mi pobre hermano. Les haré masticar el plomo antes de enviarlos al infierno. Les haré vivir una agonía de diez horas antes de despenarlos con la última bala.

Miró hacia su carromato, al lugar donde yacía una mujer que estaba esperando un hijo.

—Lo siento —musitó, como si ella pudiera oírle—, pero quizá nos retrasemos un poco. A ese niño, antes de que nazca, le voy a hacer ya un regalo consistente en dos sepulturas…

CAPÍTULO III

La pequeña ciudad tenía el presuntuoso nombre de Nueva Laramie. Era blanca, tranquila, y se extendía como un gusano perezoso en la llanura. Cuando los de la caravana la avistaron, empezaba a ponerse el sol.

Los cristales de las ventanas adquirían un suave color dorado. Las hojas de los árboles que prestaban su sombra a las cercanías de Nueva Laramie, estaban tomando una dulce tonalidad mate. La ciudad producía una impresión de paz y de belleza a la que, para ser perfecta, sólo le faltaba la música.

Pero Vanee no pensaba en la belleza, ni en la paz, ni en nada semejante. Sus ojos de buitre brillaban siniestramente cuando alzó la mano derecha.

—¡Alto!

Los carromatos se detuvieron entre una sinfonía de crujidos. Las mujeres y los niños que ocupaban su interior, asomaron las cabezas para ver de qué se trataba.

Después de tantas semanas por la llanura, a todos les pareció que aquella ciudad era sencillamente maravillosa.

—¿Vamos a detenernos aquí?

—¿Está esto muy lejos de la frontera de México?

—¿A quién pertenece esta tierra?

Vanee, que ya se había convertido, sin pedirlo, en el jefe de la expedición, impuso silencio con otro gesto de su brazo.

—La ciudad está casi enteramente ocupada por comerciantes que trafican con los mexicanos —explicó—. Aquí hay muchas tiendas y bastantes diversiones, pero poca gente que cultive la tierra. Quiere eso decir que no resultará difícil encontrar acomodo para un grupo pequeño como el que forman ustedes. Yo, en su

lugar, me asentaría aquí y no continuaría más adelante. Doce o catorce millas más lejos, a ambos lados de la frontera, es territorio indio.

En efecto, a unas doce o catorce millas se distinguía una línea gris de montañas que no presagiaban nada bueno. En cambio la llanura en la que ahora penetraban parecía fértil, y por la abundancia de pozos que se veían en las cercanías de Nueva Laramie, debía ser una comarca muy abundante en agua.

—¿No se va a quedar con nosotros? —preguntó una de las mujeres de la caravana.

Vanee apenas volvió la cabeza para decir:

—Yo debo seguir más lejos.

—¿Hacia dónde?

Su mano señaló la línea gris-azul de las montañas.

—Allí. Al territorio indio.

—¿Para qué?

—Es cuestión mía.

—Siempre he sospechado que usted era indio —musitó uno de los hombres, a su espalda—. ¿Acaso lo es?

—¿Y eso qué importancia tendría?

—No… Ninguna.

Vanee dejó de mirar hacia las montañas. Se echó levemente el sombrero sobre los ojos y musitó:

—Sigamos adelante. Todos ustedes tienen que acampar antes de que anochezca.

—¿Y cuándo podremos ver las tierras?

—Están impacientes, ¿no? Pues bien, todo lo que hay seis millas más al sur de Nueva Laramie es tierra libre, al menos en gran parte. Habría problema si fueran una gran caravana, pero ya les he dicho que todos ustedes encontrarán acomodo, si no son demasiado ambiciosos. Y ahora basta de hablar; sigamos adelante, para que yo pueda hablar con el alguacil, del asunto de ustedes, antes de que anochezca.

Reemprendieron la marcha. Había dejado de hacer calor, y la temperatura era suave y dulce. Los caravaneros, llenos de alegría por lo que significaba el fin de su infernal viaje, empezaron a

entonar una lenta canción de esperanza.

Al llegar a las afueras del poblado se dispusieron a acampar, mientras Vanee, sin apearse del caballo, se dirigía rectamente a la oficina del alguacil.

Éste tenía las botas sobre la mesa y acariciaba nostálgicamente una botella de licor vacía. No cambió de postura el ver entrar a Vanee, a pesar de que por su expresión se notó en seguida que lo había reconocido.

—Siéntese —gruñó.

Vanee siguió en pie. Desde su posición, veía la estrella del alguacil brillar tenuemente a la luz ya débil de la tarde.

—Ya sé lo de la banda de Larkins —dijo calmosamente el de la estrella, como si adivinara los pensamientos del recién venido—. Sé también lo de su hermano, Vanee. Crea que lo siento.

Vanee tenía los labios apretados.

—Huyeron dos —dijo.

—Sí.

—Sus nombres. Quiero sus nombres.

—¿De qué me va a servir no dárselo? Usted lo averiguará igualmente entrando en la taberna, Vanee. Cualquiera se lo dirá. Los fulanos que huyeron se llaman Donald y Kramer.

—Y están aquí…

—¿Por qué lo imagina?

—Éste es el último sitio civilizado antes de cruzar la frontera. Se habrán detenido a repostar, y nos llevaban muy poca ventaja. De modo que están en Nueva Laramie.

El alguacil retiró las patas de encima de la mesa.

—Mire, Vanee, yo conocí a su padre, y le ruego que escuche atentamente lo que tengo que decir. Su padre era el hombre más bueno y más honrado que ha pisado estas tierras de la frontera. Yo no sé si predicaba la palabra de Dios, pero al menos predicaba la fraternidad y la paz entre los hombres. Nunca le vi usar la violencia ante nadie, y eso que tuvo que soportar algunas cosas de las que ponen la piel de gallina. A la larga salió ganando, porque todo el mundo le respetaba. Él siempre decía que sus hijos seguirían el mismo camino, y que desde la tumba se sentiría orgulloso si efectivamente era así. ¡Mil diablos! ¡Usted, hasta ahora, también ha sido siempre un hombre honrado e incluso pacífico, Vanee, y ahora,

sin embargo, se me presenta ante las narices con esa cara de asesino y esos ojos de buitre dispuesto a chupar la sangre! ¡Deje en paz a esos dos granujas y olvídelos! ¡Van a seguir hacia el Sur, de modo que los indios se encargarán de ellos!

Vanee seguía con los labios apretados.

Sólo los separó para decir:

—De modo que están aquí…

—Sí, pero…

Dio media vuelta y fue a dirigirse hacia la puerta. El alguacil lo detuvo con un grito:

—¡Vanee!

—¿Qué quiere, alguacil?

—Usted sabe quién está enterrado en Nueva Laramie, ¿verdad?

—Claro que lo sé. Mi padre.

—¿Y va a manchar de sangre la tierra donde él siempre predicó la paz?

—Lo siento, pero mi padre ya no puede quejarse —dijo Vanee con cierto cinismo. Y se dispuso a salir.

—¡Es que no sólo quería decirle eso! ¡Su madre ha venido también, Vanee! ¡Ha venido a rezar ante la tumba, como todos los años!

Vanee tampoco quiso hacer caso de aquellas palabras.

Salió.

Ni siquiera había recordado hablar al alguacil de los caravaneros que estaban acampados en las afueras de la población. Ahora otras ideas, unas ideas teñidas de color rojo, bullían en su cráneo.

Sabía que no tendría que buscar por demasiado tiempo a los dos asesinos de su hermano. Tanto Donald como Kramer estarían apercibidos ya de su llegada. Intentarían apiolarle por sorpresa, antes de que él les echase el ojo encima.

Y así ocurrió.

Pasaba justamente frente al edificio de la funeraria, cuando empezaron a ocurrir cosas.

Un hombre gritó algo ininteligible, e inmediatamente sonó un disparo. Vanee notó el pitido de la bala tan cerca que tuvo la sensación de que el plomo iba a arrancarle los ojos. Se echó hacia atrás velozmente, sobre el polvo, mientras «sacaba» y daba una vuelta sobre sí mismo. No obstante estaba en situación desventajosa

ante sus enemigos, a pesar del primer fallo de éstos.

Pero tanto Donald como Kramer debían estar muy asustados, porque no aprovecharon aquella oportunidad. Después de ver que Vanee seguía vivo, no se atrevieron a afrontar ni sus revólveres ni su mirada de buitre. Lo que hicieron fue intentar huir alocadamente por la puerta trasera del establecimiento.

Pero la puerta trasera debía estar cerrada. Vanee, desde la calle, les oyó jadear angustiosamente para abrirla, mientras lanzaban maldiciones en voz baja.

Sonrió cruelmente.

Las paredes de madera de la fachada eran muy delgadas, y permitirían fácilmente el paso de las balas de su «Colt Frontier». Barriendo el establecimiento, liquidaría a aquellos dos tipos antes de que pudieran huir. Lo barrería con plomo, naturalmente.

Durante fracciones de segundo parecieron llegar de nuevo hasta sus oídos las viejas palabras de su padre, que estaba enterrado en aquella misma ciudad: «Con la violencia nunca arreglarás el menor asunto. No la emplees jamás».

La sonrisa cruel en los labios de Vanee se hizo más ancha. Levantó el pesado revólver.

¿Qué le importaba si el dueño de la tienda estaba dentro? Ya se pondría a cubierto si era listo, y si no lo era… ¡que se convirtiese de una vez en su propio cliente! ¡Que comprobara por sí mismo las excelencias de su funeraria!

Hizo fuego hasta agotar la carga del revólver, y como había supuesto las balas atravesaron fácilmente la madera de la fachada.

Recargó inmediatamente su arma, hizo cuatro disparos más, igual que los anteriores, y luego entró en el edificio, reservándose dos balas.

Dentro del local, el silencio era espantoso. Como se trataba de un sitio de reducidas dimensiones, los diez plomos lo habían acribillado. Los dos hombres que habían intentado huir yacían de bruces en el suelo, junto a la puerta trasera, cuya cerradura ni siquiera habían tenido tiempo de hacer saltar con una bala.

Vanee los reconoció al momento. Eran, en efecto, Donald y Kramer. Había hecho un buen trabajo.

Kramer, de pronto, se volvió. Tenía el pecho cubierto de sangre, pero aún le quedaba un resto de fuerzas.

Sus ojos brillaban febrilmente.

Bajo el cuerpo había ocultado un revólver.

Hizo un solo disparo, y Vanee sintió en sus propias entrañas que había sido alcanzado bien. Cuando uno ha repartido la muerte tantas veces, las situaciones como ésta ya no le engañan. Vanee se dio cuenta de que aquel balazo iba a serle fatal.

No sintió dolor, ni pena por sí mismo, sino rabia al pensar que él podía morir y Kramer quedar vivo.

Giró el revólver.

Sus dos últimas balas hicieron volar la cabeza del forajido, quien cayó de nuevo a tierra, ahora espantosamente inmóvil.

Vanee, mientras se le doblaban las rodillas, volvió la cabeza.

Y entonces, de su garganta, brotó un grito de horror.

CAPÍTULO IV

Dentro del pequeño establecimiento había otra persona, y esa persona, a la que no había visto hasta ahora, había sido mortalmente alcanzada. Yacía en el suelo, bañada en su propia sangre, y miraba a Vanee desde lo que parecía ser una lejanía infinita.

Era una mujer.

En sus ojos no había asombro, ni miedo, sino perdón. Una expresión dulce que hizo asomar lágrimas en los ojos de Vanee.

Éste, tambaleándose, se acercó unos pasos y miró desde más cerca a su propia madre.

—Tú… —balbució—. Tú…

La voz de la mujer pareció llegar también desde muy lejos, al igual que su mirada.

—Había venido… a encargar una lápida mejor…

—Pero yo no podía… yo no podía imaginar…

Las lágrimas cubrían los ojos de Vanee. Su expresión era patética. No se daba cuenta de que iba a morir, no se daba cuenta de nada, excepto de que aquella mujer que yacía allí era su propia madre.

—No podía imaginar… —repitió, como si sólo tuviera fuerza para decir eso.

—Todo el que emplea la violencia se expone a lo peor, hijo mío… La violencia desata fuerzas que luego ya no podemos controlar… Tu padre siempre lo decía.

Vanee cayó de rodillas. Sus labios solamente pudieron modular una única palabra:

—Perdón…

No se daba cuenta de que su madre acababa de morir. No se

daba cuenta de que él mismo ya no tenía fuerzas para ponerse en pie. Sólo sabía que era él, él, quien había hecho aquellos disparos asesinos.

—Nunca más… —balbució—. Nunca más…

Tampoco se daba cuenta de que estaba diciendo algo del todo inútil. Nunca más podría abstenerse de la violencia porque nunca más tendría fuerzas para levantar un revólver.

—Mamá… —gimió—. Mamá…

Sus ojos de buitre se habían nublado. Veía lejos cosas que estaban muy cerca. Le parecía que toda la habitación se había llenado de niebla y de sombras.

Se dio cuenta muy vagamente de que alguien más había entrado en el local. Aquel «alguien más» era un hombre de unos veinticuatro años. Llevaba ropas vaqueras que vestía con cierta elegancia, un solo revólver y un cuchillo.

Los ojos de aquel hombre se nublaron al ver la escena.

Por unos instantes vaciló, a punto de caer.

Vanee, con los ojos nublados, sólo pudo balbucir:

—Ho… hola, Norman.

—Ho… hola. Vanee.

—Escucha, hermanito… voy… voy a pedirte dos favores…

Norman, el hermano más joven, el recién llegado, se daba perfecta cuenta de todo el horror de la situación, pero ya no podía cambiar las cosas. Con voz temblorosa dijo:

—Habla.

—El primer favor es que… recuerdes las palabras de nuestro padre… Nada de violencias…

—Siempre las he recordado, Vanee.

—Pero ahora… ¡ahora grábatelas en el cráneo! Piensa en ellas día y noche… Pi… en… sa…

—Te haré caso, Vanee.

—Ahora… el segundo favor.

—Habla.

—Tengo entendido que la gente de aquí… es limpia y bastante caritativa… Tienen un cementerio sólo para perros…

—Sí, pero…

—¡Haz que me entierren allí!

Vanee lanzó un último estertor, quiso acariciar a su madre y ya

no le fue posible. Bruscamente todos sus miembros parecieron ser recorridos por una descarga eléctrica. Cayó de costado, abrió la boca y ya quedó así, espantosamente quieto.

Norman apretó los labios.

Tenía los ojos húmedos, pero hacía esfuerzos terribles por mantenerse sereno.

Miró a los dos cadáveres, vio el fluir de la sangre y tuvo que apoyarse en la pared para no caer.

Bruscamente el local se llenó de gente.

Era como una marea, como una fuerza lejana que lo arrasaba todo. Las voces, los gritos, aturdían a Norman. Éste se llevó una mano a los cabellos rubios y cerró los ojos; de lo contrario es posible que se hubiera desvanecido.

El alguacil le miró.

—Tú eres Norman, ¿verdad?

—Sí.

—Mi sincero pésame. ¿A qué has venido?

—Sabía que mi madre estaba aquí… Venía todos los años por la misma fecha.

* * *

—Lo siento, muchacho. Ya no vendrá más. Dije a tu hermano que se abstuviera de emplear la violencia.

—Lo imagino. Usted fue amigo de mi padre.

—No es que sienta que haya liquidado a esos dos granujas, pero pudo haberlos obligado a marchar hacia el Sur, donde los indios hubiesen acabado con ellos de todos modos. Fue eso lo que le aconsejé. En fin, ahora ya está hecho, Norman. Por lo visto tú eres el único que queda vivo en la familia. No puede decirse que tengáis suerte.

Norman parecía irse recuperando. Se irguió un poco, y entonces fue posible ver que era más alto y más fuerte que todos los demás hombres que se habían reunido allí.

Su respiración, sin embargo, era entrecortada.

—Le ruego que haga lo necesario por mi madre y mi hermano, alguacil —pidió—. Están ahora en el único sitio donde se les puede dejar por el momento; quiero los mejores ataúdes para los dos, y la mejor lápida que pueda conseguir. Serán sepultados juntos.

—De acuerdo, Norman. Se hará como tú pides, y por mi parte estoy dispuesto a abonar una parte de los gastos del entierro.

—¿Con quién había venido mi hermano Vanee? A él nunca le gustaba viajar solo.

—Ha venido con unos caravaneros. Ahora los he visto. Están acampados en las afueras de la población.

Norman meneó la cabeza. Hizo un terrible esfuerzo por serenarse del todo.

—Voy allí…

CAPÍTULO V

Los carromatos estaban en las afueras de la población, casi tal y como se encontraban cuando Vanee entró en ésta. Los hombres seguían en los pescantes, en actitud más bien desconfiada, pero las mujeres y los niños se habían apeado. Los niños, sobre todo, jugaban persiguiéndose por sobre la hierba fresca, la primera que veían en muchos días de camino.

Sus risas y sus voces dotaban el ambiente de una casi paradisíaca sensación de paz.

Norman, cuyas facciones estaban crispadas después de lo que había visto en la ciudad, los contempló en silencio.

Poco a poco los niños dejaron de jugar. Todos se detuvieron, mirándole, y fueron quedando en silencio. Las mujeres, que hablaban entre ellas, volvieron también la cabeza hacia aquel gigante cuyas manos, sin embargo temblaban como las de un chiquillo.

Uno de los hombres le llamó desde el pescante:

—Eh, amigo…

Norman volvió la cabeza.

—¿Vive usted en Nueva Laramie? —siguió preguntando el del carromato.

—Por ahora sí.

—Un hombre llamado Vanee nos ha conducido hasta aquí. Fue a la ciudad hace poco.

—Sí.

La voz de Norman era sólo un murmullo.

—¿Lo ha visto?

—Vanee era mi hermano.

—¿Era?

—Ha muerto.

Los hombres dejaron los pescantes. Las mujeres se acercaron a Norman con las facciones ansiosas.

—¿Dice que ha muerto?

—¿Cómo ha sido? ¿Quién ha acabado con él?

—Ha sido un accidente —se limitó a explicar Norman—; en todo caso, ya nada se puede hacer.

—Pero él nos había traído hasta aquí… ¡Él nos había prometido que desde Nueva Laramie hasta la frontera encontraríamos tierras libres!

Norman paseó la mirada en torno suyo. Sus labios estaban doblados en una mueca de dolor.

Tierras libres…

Él conocía bien a aquella clase de gente que venían desde el otro extremo del mundo buscando un pedazo de tierra que cultivar, un sitio donde sus hijos pudieran vivir como hombres el día de mañana.

Le daban lástima, porque muchos de ellos dejaban sus huesos por el camino, y lo que era mucho peor, los huesos de sus pobres hijos. ¿Dónde irían ya los de aquellos carromatos? Más allá estaba la frontera, bordeada de tierras indias. Nueva Laramie era el último sitio civilizado que podían encontrar en su país, si seguían hacia el Sur.

—Mi hermano no les ha engañado —dijo—. Desde un par de millas de la población hasta las montañas, las tierras son libres. Pueden ocupar las que necesiten, siempre que estén dispuestos a trabajarlas honradamente y a respetar la Ley.

Uno de los hombres musitó:

—Hemos venido para eso…

—Traemos a nuestros hijos… ¿Cree que lo haríamos si no estuviéramos dispuestos a trabajar?

Una de las mujeres, con lágrimas en los ojos, intentó besar la mano de Norman. Éste lo impidió.

—Distribúyanse —dijo con suavidad—, y elijan sus tierras. Hay suficientes para todos ustedes, de modo que no deben pelear entre sí. Si algunas les parecen más fértiles que otras, las sortean. Una vez se las hayan adjudicado, preséntense al alguacil y procedan a su registro.

Todos los que rodeaban a Norman le contemplaron como si éste fuera su salvador. Había tanta gratitud en aquellos ojos que incluso Norman se sintió molesto, porque no estaba acostumbrado a que la gente le diera las gracias por nada. Desviando la mirada, preguntó si había algo allí que hubiera sido de su hermano Vanee.

Uno de los hombres señaló el carromato.

—Aquello.

—¿Era suyo?

—Sí. El carromato y el caballo con el que entró en la ciudad. Parece que era todo lo que tenía. Pero en ese carromato hay una mujer que está a punto de dar a luz.

—¿La esposa de Vanee?

—No.

Los músculos de la garganta de Vanee se crisparon durante un breve momento.

—¿No les explicó él qué era lo que ocurría?

—Nunca lo hizo. Su hermano Vanee era un hombre muy especial y con una mirada que infundía respeto. Hablaba poco, y nosotros no acertábamos a hacerle preguntas. Incluso a la mujer que hay en el carromato apenas la vimos un par de veces. Sólo salía a pasear de noche.

Norman tragó saliva, y ésta le supo amarga.

Le dolían las sienes. Tenía la sensación de estar viviendo una auténtica pesadilla.

Lentamente se acercó al carromato indicado. Notó que todos le dejaban solo; nadie le seguía. Descorrió la lona y vio a la mujer. Ésta se hallaba tendida sobre unas mantas; con los ojos muy abiertos, le miraba también.

Era una chiquilla.

¿Diecisiete años? ¿Diecinueve?

En todo caso su cuerpo casi sin formar no parecía tener edad para soportar aquella prueba. El vientre no se notaba apenas, pero se advertía en ella, en cambio, la gravidez de la maternidad próxima. Bajo sus párpados se habían formado profundas ojeras. Su cuello, largo y esbelto como el de un cisne, estaba muy delgado. Tenía los ojos más bonitos que Norman había visto jamás, y también, en muchos aspectos, era la mujer más bonita con que había tropezado en todos los días de su vida.

Pero era una india.

No sólo se notaba eso en el largo cabello peinado en dos trenzas, sino en el color de su piel. Las ropas que llevaba puestas también eran parecidas a las que solían usar las doncellas indias.

Sólo con una mirada pareció adivinar lo sucedido. Sus ojos, muy abiertos, se dilataron aún más a causa del horror.

—¿Qué ha sido de Vanee? —musitó.

Norman dijo sin rodeos:

—Ha muerto.

—¿Quién… quién ha acabado con él? ¿Acaso… usted?

Todo el cuerpo de la india temblaba. Sus manos, que intentaban levantar una de las mantas, cayeron sin fuerzas.

—Yo era su hermano.

—¿Su hermano Norman?

—¿Le había hablado de mí?

—Muchas veces.

Norman apretó los labios. Era terrible aquella situación, era terrible no saber qué decir en unos momentos tan importantes. Hubiera querido animar a la muchacha india y al mismo tiempo preguntarle qué hacía allí, y por qué Vanee la había traído consigo. Pero tenía la garganta como acartonada y no se atrevía a decir una sola palabra.

Ella musitó roncamente, de pronto:

—Déjeme aquí.

—¿Por qué iba a dejarte? ¿Tú eras la esposa de Vanee?

—No. Yo no soy más que una cochina india.

—Él creía que todas las razas son iguales, y no imagino que te hubiera despreciado jamás por ese motivo. ¿Era Vanee el padre del niño que ha de nacer?

—No.

Norman quedó un instante perplejo, sin saber qué pensar. Notó que habían brotado lágrimas de los ojos de la muchacha.

—Dios mío… —susurró—. Dios mío…

—¡Déjeme! —pidió la india—. ¡Le suplico que me deje de una vez! ¡No tengo por qué complicar su vida, como compliqué la de Vanee!

Norman se dio cuenta de que la india tenía los nervios a flor de piel, de que estaba aterrorizada y a punto de estallar. Intentó

tranquilizarla con una sonrisa.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, con la voz más natural que le fue posible.

—Los hombres blancos me pusieron el nombre de Irina.

—¿Qué hacías en nuestra tierra? ¿No tienen una reserva los hombres de tu tribu?

—¡Los hombres de mi tribu todavía son gente libre!

—De acuerdo, de acuerdo, muchacha… No te irrites. ¿Pero por qué vivías entre los hombres blancos?

—Me fugué del territorio de mi tribu. Los soldados blancos, cuando se firmó la paz, nos dijeron que los indios debíamos acostumbrarnos a sus métodos y a su modo de vida. Ellos no dependían de la caza ni invocaban a sus antepasados cuando las cosas marchaban mal. Ellos eran prácticos, cultivaban la tierra y comían todo el año. Nosotros, los indios debíamos aprender lo que era la autentica vida. Incluso a los jóvenes se nos enseñaría un oficio.

—¿Y tú lo creíste?

—Yo pienso que aquellos soldados hablaban sinceramente. Lo malo era la gente que estaba tras ellos; la gente que comerciaban en las ciudades.

—¿Qué prometieron que te enseñarían?

—Yo quería ayudar a los míos —susurró ella—. Sabía que los blancos tenían razón, y que debíamos renovarnos o seríamos barridos. Puesto que sabía leer y escribir vuestra lengua, se me dijo que podría aprender el oficio de enfermera. Me instalaron con un médico.

Norman apretó los labios.

Imaginaba la situación, pero no quería decir una palabra para no turbar aún más a la muchacha.

Ésta, ahora con los ojos cerrados, continuó:

—No pasó un mes sin que me dominara por la fuerza. Fue… fue horrible. Me amenazó, me golpeó e hizo conmigo lo que quiso. Cuando me di cuenta de que estaba indefensa en sus manos deseé morir, pero al saber que iba a ser madre, todos mis pensamientos cambiaron. Tenía que vivir, tenía que vivir para el hijo inocente que llevaba en mis entrañas. Fue entonces cuando conocí a Vanee.

—¿Cómo ocurrió?

—Él había tenido una pelea a cuchilladas y pidió al médico que le cuidara. Él lo atendió y ordenó que terminara yo de vendarle. Entonces quedamos solos. Vanee era… era muy bondadoso. Tenía, sin embargo, una mirada que sabía leer los pensamientos. Notó en seguida que yo estaba encinta y que no era la esposa de aquel hombre.

—¿Te preguntó algo?

—No. No necesitó hacerlo. Le bastaba ver mis lágrimas para comprenderlo todo. Lo único que le dije fue que quería que mi hijo fuese un auténtico indio, que naciera en una tierra donde los demás no le escupieran en el rostro. Claro que pude irme a otra tierra habitada por hombres blancos, pero John, el médico, me hubiera perseguido hasta allí. Me despreciaba, me pegaba continuamente, y sin embargo no quería perderme. Pensé que a territorio indio no se atrevería a seguirme; que allí volvería a ser mujer amada por los de mi raza.

—¿Y Vanee prometió llevarte?

—Sí.

Norman apretó los labios.

Sentía como si el mundo entero hubiese terminado para él, como si, muertos sus hermanos y su madre, ya nada tuviera sentido.

Pero Vanee había dejado un trabajo por concluir.

Vanee había prometido llevar a aquella mujer hasta la tierra india.

Y ya no podría cumplir su promesa…

—Hay algo más que debo decirte —susurró Irina, con los ojos cerrados.

—¿Qué?

—Es posible que aquel hombre, John me persiga.

—¿Qué quiere?

—No lo sé. Su pasión por mí era pasión maldita, pero a su modo me necesitaba. A veces incluso me trataba con cierta ternura. Decía que yo era tan dulce, tan joven… Luego me golpeaba. Parecía disfrutar golpeándome, y al verme humillada a sus pies su pasión se acrecentaba cien veces. En varias ocasiones juró que nunca consentiría que me fuese.

Norman se encogió de hombros.

—Si te persigue peor para él.

—Es peligroso. Matará al hombre que esté a mi lado.

—¿Y por eso has pedido que te deje sola?

—Sí. Déjame, por favor… No es justo que nadie más corra peligro por mi causa. Al fin y al cabo, mi hijo, si nace aquí, nacerá cerca de la tierra india.

Norman volvió a apretar los labios.

Sus ojos entrecerrados recordaban a los de su hermano. Eran también como los ojos de un buitre.

—Yo te llevaré —susurró.

—¿Me llevarás… adonde?

—A la tierra que ocupa tu tribu. Yo terminaré el trabajo que no pudo concluir mi hermano.

Irina denegó con la cabeza, pero las lágrimas la ahogaban de tal modo que ya no pudo hablar más.

Norman dejó caer la lona silenciosamente.

CAPÍTULO VI

El hombre que llevaba varias semanas cabalgando hacia el Sur, tenía algo en la mirada que hubiera llamado la atención en cualquier parte.

Sus ojos eran los de una fiera que busca su presa.

Daba la sensación de no haber dormido en todo el viaje.

Llevaba un magnífico caballo, un rifle y un revólver último modelo. Todo en él reflejaba una extraña brutalidad, una invencible fuerza física. Tenía cuello de toro, músculos que se marcaban fuertemente bajo la ropa, y mandíbula cuadrada como la de un luchador. Por todo equipaje llevaba dos bolsas y un maletín negro.

Aquel maletín negro llamaba fuertemente la atención en muchos lugares, pues normalmente solo los usaban los médicos.

Y aquel tipo lo era.

Aquel tipo, además, se llamaba John.

Cuando aquella mañana llegó a Dallas y penetró en un saloon, sus ropas estaban cubiertas de polvo.

Se las sacudió, arrojando parte del polvo sobre el único tipo que estaba apoyado en la barra.

—Un *whisky* —pidió.

El tipo que había recibido parte del polvo se le quedó mirando fijamente.

Era un hombre de unos cuarenta años, de bigote fino, cabellos largos y expresión maliciosa. Vestía bien, y en algunos detalles se notaba que su posición debía ser próspera.

—Yo le serviré el *whisky* —dijo amablemente.

Tomó la botella que el mozo había depositado sobre la barra, llenó un vaso y luego arrojó violentamente su contenido sobre la cara del recién llegado.

Éste no se inmutó.

Se sacudió un poco mejor el polvo de sus ropas y se distanció unos pasos, los suficientes para dominar y vigilar de un modo perfecto todos los movimientos del otro hombre.

Éste sonreía levemente…

Parecía estar muy seguro de sí mismo, porque se puso a llenar lentamente otro vaso de *whisky*.

—Éste te lo vas a beber a mi salud —dijo—, antes de que te mate.

El mozo de la barra tartamudeó:

—Po… por favor… Es inútil que ustedes se peleen por esto, caballeros. Yo estoy seguro de que no han querido molestarse…

El recién llegado dijo roncamente:

—No intercedas, muchacho. Ya tenía ganas de matar a un hombre.

Sus ojos inyectados en sangre no eran de un ser normal. Una especie de furia asesina lo consumía.

El otro, el del bigotillo recortado, no se inmutó por eso.

Parecía muy tranquilo cuando dijo:

—Mueve las manos, muñeco…

Nunca debió decirlo.

El recién llegado hizo un solo gesto, un movimiento tan rápido que incluso pasó desapercibido para los ojos de su enemigo. Bruscamente una detonación brotó del revólver, que ni siquiera había salido de la funda. El tipo del bigotillo cayó hacia atrás con la cabeza atravesada, mientras soltaba el revólver que apenas había llegado a empuñar.

Su matador ni siquiera lo miró.

Guardó el revólver, bebió el *whisky* que había en el vaso y dejó sobre la barra una generosa propina.

—Mu… muchas gracias, señor… —tartamudeó el mozo, que aún se veía hundido en un pozo de horror.

Nunca había conocido a nadie que tirase de aquella manera.

—No hay de qué. Tengo dinero. Soy médico y me llamo John Adams. ¿Ha pasado por aquí un hombre que llevaba una sola carreta?

—Por aquí pasa mucha gente, se… señor John.

—Pero no todo el mundo llevará una sola carreta. Los

caravaneros suelen reunirse. Yo pregunto por un tipo que viajaba solo y que llevaba en su carromato a una mujer encinta.

El mozo tartamudeó:

—Sí. Creo que pasaron por aquí… hace una semana. Él intentó comprar leche para la mujer. Era un hombre con unos ojos muy extraños, con mirada de buitre.

John Adams dijo con una sonrisa:

—Es ése.

Y, sin más palabras, salió del saloon.

Capítulo VII

Dos hombres con las ropas cubiertas de polvo entraron en la cantina cuando hacía una hora que John Adams se había alejado al galope de su poderoso caballo.

Aquellos dos hombres llevaban armas largas, barba de varios días y tenían expresión sedienta. En el chaleco de uno de ellos brillaba una estrella de *sheriff*.

—¡Eh, danos algo de beber! —gritó el de la estrella—. ¡Cerveza! ¡Toneladas de cerveza!

De pronto sus pies chocaron con algo blando y quieto que estaba tendido en el suelo.

El *sheriff* arrugó el ceño.

—¿Pero qué diablos es esto? ¿Qué costumbre es ésa de dejar los cadáveres tirados por el suelo? ¿No sabes que molestan a la clientela, imbécil?

El *sheriff* Rusk, pues así se llamaba el recién llegado, tenía un lenguaje que daba gusto. Siempre decía que él era un hombre fino, y que eso venía de la época en que fue maestro de escuela.

El mozo de la cantina se arrugó.

—Perdone, *sheriff*… Lleva ahí hace menos de una hora. No me he atrevido a tocarlo porque no sé dónde meterlo. Pensaba enterrarlo por la noche.

—¡Pues entiérralo ahora mismo si no quieres ocupar tú su lugar! ¡Esto da asco!

De pronto miró al tipo del bigotillo, quien continuaba en la misma postura que cuando fue alcanzado por la bala, y sus facciones se ensombrecieron.

Se inclinó para mirarlo mejor.

—Diablos… —dijo—. Diablos…

—¿Ocurre algo, *sheriff*?

—¡Este tipo a quien tienes aquí más muerto que la vaca que yo me comí el año pasado, es el hijo del gobernador!

—¿Qué… qué dice?

—¡Una muerte de esta clase puede ocasionar una verdadera guerra en el territorio! ¿Quién lo ha liquidado?

—Un forastero, un tipo que venía de paso. Pero no tuvo inconveniente en dar su nombre.

—¿Eso hizo?

—Sí. Parecía como si se vanagloriase. No dio la menor importancia al desafío.

—¿Y cómo dijo que se llamaba?

—John Adams. Recordaré ese nombre mientras viva. ¡Si le hubiera visto disparar!

—De modo que John Adams… ¿Y adonde se dirigía?

—Seguía, al parecer, a un hombre que viajaba solo con una carreta. La dirección que tomó fue la de la frontera.

El *sheriff* Rusk cambió una mirada con su acompañante.

—Vamos —decidió.

—¿No va a tomar nada, *sheriff*? —preguntó trémulamente el de la cantina.

—Ya se me ha pasado la sed. No toques ese cadáver hasta que yo vuelva y te diga lo que has de hacer. Seguramente lo trasladaremos para enterrarlo donde nos indiquen.

—¿Pero de veras es hijo del gobernador?

—Completamente de veras. Se dedicaba a viajar y a pasarlo bien con el dinero de su padre. Cuando éste sepa lo que ha ocurrido, no parará hasta ver colgado al que lo mató. ¿Quién provocó el desafío?

—Fue el forastero. Parecía venir muy rabioso.

—¿Estás dispuesto a declarar eso ante la comisión que se nombrará para investigar esta muerte?

—¡Claro que estoy dispuesto!

—Pues espera mi regreso. ¡Y no toques nada o harás compañía al muerto cuando le demos sepultura, so bestia! Ya ves que me porto como un hombre razonable.

—Sí, sí, *sheriff*… Muy… muy razonable.

El *sheriff* salió con su acompañante y no regresó hasta cuatro horas después, pero entonces venían dos hombres más con él. Uno

de ellos era el mismísimo gobernador.

A partir de entonces las cosas ocurrieron con mucha rapidez.

Por eso no es de extrañar, después de todo, que John Adams, apenas dos días más tarde, al penetrar en un miserable villorrio ya cercano a la frontera, tuviese una sorpresa.

El poblado apenas consistía en unas cuantas casas de adobes enjalbegados, formando una sola calle al final de la cual se encontraba una pequeña iglesia.

Cercano a la iglesia había un local con un cañizo sobre la entrada, para preservarla de los rayos del sol. El letrero anunciaba que aquello era una cantina, pero también debía ser algo así como un casino y una especie de centro cívico. Sobre la fachada había un pequeño tablón de anuncios, y en el tablón de anuncios un pasquín.

Hacía calor.

Bajo el quieto sol de la tarde, el poblado tenía un aspecto mexicano que hacía pensar en las montañas situadas más allá de la frontera. El cielo azul, demasiado azul, era como una maldición que agobiaba al viajero.

La ira de John Adams aumentaba con las dificultades que iba hallando a su paso. Si al principio pensó solamente matar al hombre que había ayudado a escapar a Irina, ahora le hubiera gustado desollarlo vivo. Quizá más adelante, pensando en cuando se lo echase a la cara, le entrarían ganas de quemarlo a fuego lento.

Pero ahora el que se estaba quemando a fuego lento era él.

Tenía una sed espantosa.

Fue a entrar en la cantina, y de pronto, a medio apearse del caballo, quedó inmovilizado.

Con aquel pasquín puesto en el sucio tablón de anuncios ocurría algo inexplicable.

¡Allí estaba su nombre!

Lo miró mejor, con una sensación de vértigo, y quedó convencido de que no se equivocaba.

Allí lo ponía bien claro. «John Adams. Médico».

Y ofrecían por su cabeza… ¡Dos mil dólares!

John Adams se quedó tan perplejo que tuvo que leer aquello tres veces al menos. Se dio entonces cuenta de que se le buscaba por el asesinato del hijo del gobernador, y que cualquier persona que se encontrara con él tenía derecho a cazarlo vivo o muerto.

John Adams sintió que un sudor helado nacía en sus sienes.

¡Dos mil dólares! ¡Dos mil dólares en aquella tierra miserable! ¡Una cantidad por la que muchos campesinos venderían a su madre!

Pensó en cuántos médicos habría en aquel territorio. Seguramente ocho o diez, como máximo, y todo el mundo los conocería. Uno más llamaría tanto la atención como una sola amapola roja en un campo de trigo verde.

Los tipos que estaban en la cantina, unos fulanos morenos y arrugados como pasas, fueron saliendo lentamente al ver a aquel forastero en posición tan grotesca, sin decidirse a bajar de su caballo.

Uno de ellos preguntó:

—¿Le extraña el pasquín amigo?

—Sí, bueno… Me… me extraña bastante.

Toda su ira se había diluido en un instante, para ser sustituida por un obsesionante horror.

—¿Es que conoce a ese médico al que buscan? —preguntó otro de los mexicanos.

—No. ¿Por qué había de conocerlo? Jamás lo oí nombrar.

—Pues vaya… ¡Se ha dado un buen susto!

—¡Está pálido como un muerto!

—No creí que hubiera criminales ni tipos buscados por aquí —se defendió Adams.

—¿Criminales? No sabe bien dónde se ha metido, amigo. ¡El más honrado de los habitantes de esta comarca conoció a su mujer en la cárcel!

—¿Y qué lleva en ese maletín negro? —preguntó otro.

John Adams se quedó helado.

—¿Qué… qué maletín?

—Ese negro. Parece uno de los que usan los médicos.

—Lo llevo como curiosidad. Es muy útil, de todos modos. Me lo vendió un médico precisamente.

—Ah, ya.

El sudor lívido que había empezado en las sienes de John Adams corría ya por sus facciones libremente.

—Busco a un hombre —dijo con voz trémula—. Un hombre que pasó por aquí, seguramente con una sola carreta, en la cual viajaba una mujer encinta.

—Sí, pasó por aquí hace unos dos días. Iban hacia Nueva Laramie seguramente, porque llevaban dirección sudoeste. Pero no viajaban solos, sino con varios carromatos más.

—De modo que al final se juntaron a una caravana… —murmuró John Adams a media voz.

—¿Decía algo?

—No, gracias. Tengo mucho interés en encontrar a ese hombre y esa mujer. Buenas tardes.

—¿No bebe nada?

—No puedo perder ni un minuto. Gracias.

Hizo un saludo y se alejó al galope de su caballo, que ya empezaba a dar inequívocas muestras de cansancio.

Los mexicanos que continuaban detenidos a la puerta de la cantina le miraron con ojos entrecerrados.

Nadie hablaba, pero era igual. Todos pensaban lo mismo.

El dueño de la cantina murmuró:

—¿Qué os parece, pringaos?

—Apuesto los dos callos que tengo en el pie derecho a que ése es John Adams.

—Tiene que serlo. Corre mucho…

—Y son dos mil dólares.

—Pero ese tipo se defenderá si se ve acorralado. Si ha matado al hijo del gobernador, que era un hombre muy rápido, tiene que ser un tipo peligroso. No se dejará atrapar.

El dueño de la cantina sonrió malévolamente.

—Tiene que dormir, ¿no?

—Claro…

—Y viaja solo.

—Sólo completamente. Además no debe conocer el terreno ni de lejos.

—Pues no hay más que seguirle. No hace falta que ninguno de nosotros se arriesgue. Lo rastreamos y caemos sobre él cuando duerma. No tardará mucho en ponerse madura la presa.

Uno de los mexicanos sonrió.

—Ni mucho ni nada, ñato…

—Vamos tras él.

Cinco hombres ocuparon sus monturas, sin demasiada prisa, pero aun así cometieron la imprudencia de seguir a John Adams

con excesiva premura. Éste vio unos puntitos blancos en la lejanía cuando aún no se había alejado gran cosa del pueblo.

Rozó el revólver, mientras el frío de la muerte penetraba hasta el fondo de sus huesos.

Capítulo VIII

La carreta avanzaba solitaria otra vez, dejando atrás las tierras fértiles de Nueva Laramie. Un cielo gris de tormenta rodeaba los picachos situados al sur, más allá de los cuales estaban las tierras secas de la frontera de México.

Norman, que iba en el pescante, dirigiendo los frescos y descansados caballos, volvió la cabeza para mirar a la mujer tendida sobre las mantas del interior.

—¿Cómo te sientes, Irina?

—Ba… bastante bien.

—Hum…

Norman volvió la cabeza de nuevo hacia el frente, para que ella no viera la expresión preocupada de sus ojos. Estaba inquieto de verdad; no trataba de disimularlo.

—¿Qué te pasa, Norman?

—Durante los tres días que descansamos en Nueva Laramie te encontré bastante recuperada, pero ahora pareces haber perdido mucho de repente. Tu cara ha cambiado.

—Yo… yo me siento bien, Norman.

—¿No será qué…?

Ella dijo:

—No.

El joven volvió la cabeza, pero la expresión de sus ojos siguió siendo preocupada e inquieta.

Estaba pensando que quizá Irina iba a tener el hijo muy pronto, en cuyo caso él no sabría qué hacer.

Nunca se había visto en un caso semejante, y temía que un descuido suyo costara la vida a la mujer y al niño.

—¿No crees que deberíamos volver a Nueva Laramie? —

preguntó.

—No. Yo me siento bien… Podemos llegar perfectamente a territorio indio antes de que algo suceda.

Norman miró hacia las laderas de las montañas.

A poca distancia empezaban unos espesos bosques, detrás de los cuales se iniciaban unas fuertes rampas cubiertas de matojos y de vegetación. Más arriba empezaban las rocas peladas, al parecer inaccesibles, donde la nieve sólo se disolvía del todo durante tres meses al año.

Norman calculaba que sería muy difícil atravesar aquel paso, y eso hizo que en sus facciones se dibujara una línea de preocupación, pero ésta de otra clase.

Volvió la cabeza de nuevo.

—¿Está muy lejos el territorio indio?

—Vamos a entrar en él. Comienza más allá de los bosques. Ellos forman una especie de frontera que los blancos respetan.

—¿Y qué clase de indios son?

—Los piutes.

—Ésos tienen mala fama…

—Sólo son peligrosos cuando se les ataca. Nos vigilarán apenas entremos en su territorio, pero antes de hacer nada contra nosotros nos dejarán hablar.

—En eso confió…

—No temas. Yo pertenezco a su raza. Nada nos harán en cuanto vean quién soy.

—Si te ven sí. ¿Pero qué ocurrirá si disparan apenas distingan la carreta? ¡Diablos! ¡Con un par de flechas incendiarias nos convierten en una tea!

Norman jamás había tenido miedo, pero no le gustaba combatir contra los indios. No le gustaba combatir, sobre todo, cuando no había la menor razón para ello.

Poco a poco penetraron en el bosque, que tenía marcada una senda, y al atardecer atacaron los fuertes repechones llenos de matojos y que marcaban el principio del territorio indio.

Norman iba alerta, vigilando en todas direcciones.

Suponía que ya había sido avistado y quería demostrar, antes de que las cosas se complicaran, que venía en son de paz.

Llevaba ropas negras, a causa de la muerte de los suyos, y sólo

su sombrero era blanco. Hacer señas con él podía ser un buen sistema, en cuanto divisara al primer indio piute.

De pronto le pareció ver un jinete hacia la izquierda de la ladera, un jinete que se movía con insospechada agilidad en la misma dirección que llevaban ellos, pero tratando de cortarles el camino.

Norman se preguntó si sería un indio.

Evidentemente tenía que serlo, puesto que no se comprendía que hubiera hombres blancos en aquel territorio.

Pero no tuvo tiempo de comprobarlo, porque apenas le hubo puesto los ojos encima, el jinete desapareció.

Norman atisbo en torno suyo, preocupado.

Se sabía vigilado, y lo único que ansiaba era entrar cuanto antes en contacto con los piutes.

Poco podía imaginar que el jinete que acababa de ver no era un indio, ni mucho menos.

Se trataba del doctor John Adams.

* * *

John divisó la carreta y comprendió que su infernal cabalgada se acercaba a su fin, había logrado echar el ojo encima a la mujer a la que perseguía y el hombre que la ayudó.

Todo él hervía en una infernal fiebre de venganza.

Había logrado dejar atrás a los mexicanos que le perseguían, los cuales no quisieron arriesgarse a penetrar en territorio indio. Después de dos noches sin dormir, y aprovechando la superior velocidad que su caballo desplegaba sobre la carreta de los perseguidos, había logrado darles alcance.

Ahora sólo faltaba cruzarse en su camino.

Los ojos de John Adams brillaban no sólo a causa del sueño, sino también a causa del fuego interior que lo dominaba.

Pensó que ahora sólo faltaría que le detuviesen los indios. Ahora, cuando estaba a dos pasos del final.

Se introdujo por entre unos profundos peñascos, buscando siempre cortar en diagonal el camino a sus perseguidores, y no se dio cuenta de que acababa de dejar atrás un piute.

Un indio que vigilaba la frontera.

El piute le vio a él y se movió silenciosamente, como un reptil, a

su espalda.

John Adams no se dio cuenta del peligro hasta que oyó un suave silbido tras él.

Entonces se volvió repentinamente.

CAPÍTULO IX

El indio piute no tenía intención de matar. Cualquiera se hubiese dado cuenta clara de eso al ver que sólo atacaba con las manos desnudas, dispuesto a inmovilizar por sorpresa a aquel intruso que se había atrevido a penetrar en su territorio.

Pero John Adams no lo entendió así.

Él sólo se dio cuenta de que aquel indio representaba un peligro y obró según sus reflejos le aconsejaban. Su mano derecha voló con rapidez centelleante al encuentro del revólver.

Sonó un disparo, y el piute cayó a los mismos pies de John con el cerebro atravesado.

John lo miró un momento, atónito, mientras el humo de su propio revólver parecía quemarle las fauces.

Lentamente, en su cabeza febril, empezó a entrar el pensamiento, de que había cometido un nuevo error.

Hubiera sido cien veces mejor dejarse atrapar por el piute. Al fin y al cabo, los indios le habrían devuelto la libertad y hasta le hubiesen ayudado a capturar a Irina a cambio del instrumental quirúrgico de su maletín, que ya maldita falta le hacía.

Ahora, en cambio, le perseguirían como a un perro sarnoso hasta arrancarle la piel. No podría estar tranquilo en ningún lugar del territorio piute.

Con los ojos desorbitados, guardó el revólver y a partir de aquel momento sólo pensó en huir. Bruscamente, el antes honorable doctor John Adams se había convertido en una especie de bicho rabioso, perseguido en todas partes del Sudoeste.

Tendría que esconderse, aunque fuese bajo tierra, como un gusano. Ocultarse para esquivar la tempestad que iba a empezar a desencadenarse sobre su cabeza.

Norman oyó claramente el disparo. Se dio cuenta de que éste había sonado a muy poca distancia de allí, y detuvo alarmado el movimiento de la carreta.

No le gustaba oír disparos en territorio indio. La cosa no iba con él, pero sabía bien que en aquella tierra un solo balazo podía desencadenar la tormenta.

Se volvió hacia Irina y preguntó:

—¿Has oído? ¿Tienen los piutes «Colt» del 45?

Irina no le contestó.

Y sólo viendo su rostro, sólo viendo la expresión de sus ojos, Norman ya se dio cuenta de que aquel momento maravilloso, pero al mismo tiempo terrible, había llegado al fin.

Bruscamente se sintió aturdido, lleno de horror, sin saber qué hacer. Nunca había visto nacer a un niño y no tenía la más remota idea de cómo hay que obrar en esas circunstancias. De una forma lejana, sabía que son precisos paños limpios, agua y algún desinfectante.

Como desinfectante no tenía más que *whisky* de la mejor calidad. Paños limpios los había en la carreta, y agua no la tenía a la vista, pero era de suponer que existirían arroyos entre aquellos riscos de granito.

De modo que volvió a lanzar su carreta a la máxima velocidad posible, buscando los lugares por donde su instinto le dijo que circularía el agua.

Desde las alturas, dos piutes que se habían alertado con el disparo, le vieron avanzar.

—Ese huye —masculló uno de ellos, en su idioma—. Y el disparo significa que ha habido desgracia. Tú no pierdas de vista a la carreta. Yo buscaré por entre las rocas. Quizá uno de los nuestros esté muerto…

Minutos más tarde, el indio que acababa de hablar daba con el cadáver de su hermano de raza. Un agudo silbido partió de entre las rocas.

Varios piutes, salidos misteriosamente de los lugares más inverosímiles, avistaron la carreta, vigilando los menores movimientos de ésta. Norman no lo sabía pero estaba tan controlado como un prisionero en su celda. Y lo peor era que ninguno de aquellos piutes, obsesionados por el muerto y por

aquella carreta que parecía huir, se dio cuenta de que había otras huellas dejadas por un caballo y un jinete que huían…

En menos de diez minutos, con la rapidez y el silencio de un grupo de serpientes, los piutes estrecharon el cerco en torno a la carreta. Un círculo de muerte rodeó pronto aquel punto blanco perdido entre las rocas.

—Intentará atravesar el arroyo —dijo Álamo Viejo, el jefe indio —. No le resultará fácil, pero lo intentará. Cuando esté en mitad de la corriente y las ruedas empiecen a atascarse, nos lanzaremos a por ellos.

Pero, en contra de lo qué esperaban, la carreta no intentó atravesar el arroyo.

¡Se detuvo ante él!

De debajo de la lona saltó un hombre con un cubo que fue a llenar de agua. Inmediatamente, cuando volvía hacia el carromato, una bala de rifle le hizo dar un terrible brinco.

Norman no fue alcanzado, pero comprendió que estaba metido en un auténtico atolladero. ¡Y además no podía huir! ¡Irina había empezado a sentir los espasmos del parto!

No comprendía nada, pero tampoco podía perder tiempo en tratar de comprenderlo. Lo más urgente era atender a Irina. Y Norman, intentando mostrarse sereno, se situó otra vez bajo la lona para ayudar a la muchacha.

—Cálmate… Todo irá bien… Yo siempre oí decir a mi madre que ella, cuando tuvo su primer hijo, ni siquiera se dio cuenta…

—¿Qué… qué son… esos disparos?

—Nada… Alguien se pelea por ahí.

Irina tenía razón al hablar de «disparos» en plural, porque los piutes tiraban al aire mientras se acercaban, para dar la sensación de que eran un gran número. Norman había tenido la precaución de desenganchar los caballos, y por eso éstos, cada vez más nerviosos, no arrastraron la carreta.

El jefe piute se dio cuenta de que aquello no era normal.

—No disparéis más —ordenó en su idioma—. Ahí ocurre algo raro, porque ese hombre no trata de huir. Vamos a acercarnos solamente.

Cuando estaban apenas a quinientas yardas, y desenfundaban ya sus cuchillos de desollar, un disparo hecho a los pies del jefe obligó

a éste a dar un extraño brinco.

Inmediatamente todos los piutes se diseminaron entre las rocas. Habían visto una débil humareda junto a la carreta, pero sin saber bien de dónde venía el disparo. Su sorpresa era absoluta.

Mayor, sin embargo, era la sorpresa de Norman, quien asomó la cabeza por la lona con una completa expresión de pasmo.

Y lo que vio no disminuyó precisamente este sentimiento.

El que había hecho el disparo era un tipo de unos treinta y cinco años, fuerte y bien vestido, quien debía haber llegado hasta allí medio arrastrándose, porque su caballo se veía a unas cien yardas, a cubierto. El desconocido usaba un excelente rifle, y al ver a Norman le guiñó un ojo.

—Hay que tener a raya a esos salvajes —comentó.

—No habrá hecho la tontería de matar a alguno…

—No, pero no ha sido por falta de ganas. He fallado el primer disparo y luego se me han escabullido.

—Ha hecho mal. Esos indios no nos causarán ningún daño en cuanto vean a la mujer que está dentro de la carreta.

Los ojos del desconocido brillaron con repentino interés.

—¡Ah! ¿Lleva una chica?

—Una muchacha que está dando a luz. ¿No será usted médico?

—¿Yo? ¡Quía! ¿Y dice que está dando a luz? ¡Menudo compromiso!

—Afortunadamente todo parece marchar bien. ¡Pero yo no entiendo nada de todo eso!

—¿Quiere que le ayude?

Norman pensó que Irina, ya muy avergonzada en aquel momento, lo estaría mucho más si veía entrar un desconocido en la carreta, y por eso hizo un signo negativo con la cabeza.

—No, gracias. Yo, de usted, intentaría convencer a los piutes de que somos inofensivos.

—Ahora sería inútil. Se han parapetado y nos están observando, sin disparar. Hacia la noche atacarán de nuevo, antes de que la oscuridad cierre del todo. Faltan horas aún, y seguramente podrá convencerles usted mismo.

Y el desconocido lanzó una ruidosa carcajada, mientras acariciaba su rifle.

Todo aquello parecía divertirle mucho. Era uno de esos tipos

saludables y bien nutridos, amigos de la vida y la diversión, cuyos sensuales labios parecían haber sido hechos para beber copas de licor y besar bocas de mujeres. Al menos esa impresión tuvo Norman, y la verdad fue que no se equivocó demasiado.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó desde lo alto de la carreta.

—Brandon. Y paso por aquí poquísimas veces, pero hoy me he desviado sin querer.

—¿A qué se dedica?

—Hum… Negocios de mujeres.

—¿Que quiere decir?

—Pues está muy claro. Tengo un saloon llamado «Eva» en la ciudad de La Unión, cerca de aquella montaña que ve usted al fondo, y que no es sino el Monte Riley. Mi saloon es el más acreditado de todo el Sudoeste, y en especial de la zona fronteriza, porque en él siempre hay carne fresca. Por cierto, ¿cuántos años dice que tiene la chica que está ahí dentro?

Norman, al darse cuenta de qué clase de tipo era aquél, sintió una brusca e invencible repugnancia. E iba a contestarle ya en el mismo tono cuando un gemido de Irina se lo impidió. Bruscamente tuvo que regresar al interior del carromato.

Media hora después volvió a salir, sudoroso y jadeante. Él estaba acostumbrado a toda clase de líos de plomo, pero nunca se había visto metido en negocios de aquella clase. Se sentía peor que si hubiese atravesado el desierto Mojave llevando su caballo encima. Y sin embargo estaba maravillado de que todo fuese tan fácil y de que las cosas hubieran sucedido con tanta naturalidad.

Irina había tenido un hijo, un magnífico varón que en cualquier sitio hubiese ganado un campeonato por lo bien proporcionado, lo fuerte… y lo llorón. Sus llantos debían oírse desde las posiciones de los piutes.

Brandon se mantenía quieto, alerta, con el rifle preparado. Apenas volvió la cabeza al ver salir a Norman.

—¿Qué tal ha ido?

—Bien. ¿No oye?

—Sí… El crío tiene buenos pulmones. ¿Y la madre?

—Ha sido todo más sencillo de lo que pensaba. Si no surgen complicaciones, pronto volverá a encontrarse bien.

—Pero las complicaciones surgen con frecuencia —dictaminó

Brandon—. ¿No ha oído hablar de una cosa que se llama fiebre puerperal? Pues muchas madres la diñan de eso a los pocos días de nacer sus retoños. Hágame caso, y si los piutes les dejan marchar, preséntese cuanto antes en La Unión. Allí hay médico, y yo puedo alojarles.

—Gracias, lo pensaremos.

—¿Puedo ver un momento al crío?

—¿Cómo no?

A Norman le parecía aquél un deseo muy natural, pero se dio cuenta de que el pensamiento de Brandon era otro cuando, al entrar en el carromato, no dirigió una sola mirada al recién nacido, limitándose a observar a la madre.

A pesar del terrible trance por el que acababa de pasar, Irina era de esas mujeres a las que basta mirar para darse cuenta de que tienen grandes posibilidades. Es decir, que era una mujer de esas que estarían guapas incluso alquitranadas y cubiertas de plumas.

—Mis felicitaciones, señora —dijo melosamente—. Adivino que tiene usted una preciosa figura.

—Gra… gracias.

Irina, aturdida, no sabía qué decir.

Tampoco Norman sabía cómo reaccionar ante aquel extraño tipo. Por un lado le había prestado una cierta ayuda, aun a riesgo de complicar más las cosas, pero por otro se comportaba como un completo y calculador sinvergüenza. Con gusto Norman le hubiera arrojado a puñetazos de allí, pero ése era un lujo que no se podía permitir teniendo los piutes delante y dentro del carromato un niño que acababa de nacer y una mujer que apenas volvía a respirar normalmente.

Además Brandon ya hacía gesto de irse.

—Repito mi felicitación, señora —dijo con suavidad—. Ya conocen mi dirección, y espero que me visiten. La Unión es una ciudad donde encontrarán todo lo que les haga falta.

Norman se limitó a asentir con un gruñido.

—Su esposa es muy bonita —insistió Brandon, al bajar—. Y muy joven. Una chiquilla.

Norman no quiso decirle que Irina no era su esposa. ¿Qué importaba en esas circunstancias un detalle así? Sólo oteó el horizonte con cautela y preguntó:

—¿Le dejarán marchar los piutes?

—¿Por qué no? Regresaré por el arroyo y no me seguirán. Además muchos de ellos me conocen. De vez en cuando salen de sus tierras y vienen a La Unión para beber unas botellas. ¡Si viera lo que llega a tragar un salvaje de ésos! ¡Se asustaría!

Lanzó una risotada y fue hacia el arroyo, sin preocuparse demasiado de los indios. Parecía confiar ciegamente en que éstos no le atacarían sin tener un motivo muy sólido.

Y, en efecto, los indios no le atacaron.

Estaban, además, absolutamente perplejos, y sus cerebros romos no acertaban a comprender una situación como aquélla.

Desde sus posiciones oían el llanto del niño.

Era evidente que en la carreta acababa de tener lugar un nacimiento, y eso les imposibilitaba para atacar. Un piute no iba a cometer una canallada semejante.

Álamo Viejo, con los ojos entornados, mirando quietamente el horizonte, susurró:

Ésos no han matado a nuestro hermano. —El idioma piute sonaba en sus labios con un acento suave y dulce—. No pueden haber disparado desde un carromato donde esperaban el nacimiento de un niño.

Entrecerró un poco más los ojos y añadió:

—Tiene que haber otro hombre. Busquémoslo.

Mientras, en el interior del carromato, Irina sonreía débilmente, dominando sus dolores, mientras miraba a su hijo.

—Ha nacido en territorio indio —balbució—. ¡Y es tan hermoso! Tiene planta de jefe. Cuando sea mayor, los hombres de su raza le obedecerán.

Norman apretó un momento los labios.

No quería desengañar a Irina, pero lo cierto era que un indio tenía escasísimo porvenir en los Estados Unidos. Ahora ella había cumplido su sueño de que el hijo naciese allí, en el viejo solar de los hombres de su raza. Pero mejor sería que se fuese desengañando poco a poco; el pequeño tenía que criarse con los hombres blancos, puesto que al fin era hijo de un hombre blanco también.

Tomó las manos de Irina.

Ésta temblaba.

Mal síntoma. Cualquier cosa podía suceder después de un parto

que había tenido lugar en aquellas circunstancias. ¡E Irina era tan joven! ¡Y estaba tan destrozada después del larguísimo viaje!

Norman intentó animarla susurrando:

—¿Cómo vas a llamar al niño?

—Pues lo… lo llamaré… como tú quieras.

—Debes decidir tú, Irina. Tú eres su madre. Yo… yo no soy nada.

Un sollozo estremeció todo el cuerpo de Irina, que apretó las manos de Norman con fuerza. Norman sintió que las lágrimas de la mujer rodaban hasta sus dedos y una intensa, una dulce ternura le acometió. Era como si algo nuevo naciera en él, como si una nueva y gloriosa vida comenzara en aquel momento miserable.

Pero Irina, entre sus lágrimas, seguía temblando. La fiebre la dominaba.

CAPÍTULO X

Después de una cabalgada infernal por las montañas, aquel hombre al borde de su resistencia, montado sobre un caballo que apenas podía tenerse en pie, comprendió que había llegado el momento de morir. Sin alimentos, sin agua, con los indios piutes a su espalda, ninguna esperanza le quedaba de salir de aquello con vida.

Fue entonces, cuando aquel hombre, que no era sino el médico-pistolero John Adams, distinguió una floreciente ciudad. La visión era tan asombrosa que en el primer momento creyó estar sufriendo un espejismo.

No sabía aún que la ciudad se llamaba La Unión y estaba en la misma línea divisoria con México.

John Adams comprendió que representaba una grave temeridad entrar allí, puesto que también estaría siendo buscado y también seguirían ofreciendo dos mil dólares por su cabeza. Pero no tenía opción, y necesitaba arriesgarse. Lo que más le comprometía era el maletín de médico, y decidió ocultarlo en un pajar que se encontraba muy cerca de la población. La paja aún se encontraba muy fresca, y era seguro que nadie la removería.

Luego, dispuesto a emplear un nuevo nombre, penetró en la desconocida ciudad. Allí nadie le preguntaría nada. Iría al hotel y se inscribiría como John Quincy. Sí, ése era un buen nombre.

Así lo hizo.

No hubo dificultades, y ni siquiera se extrañaron allí de su aspecto. Mucha gente llegaba a La Unión hecha cisco después de atravesar las montañas.

Fue allí también donde John Adams, alias John Quincy, se enteró de una noticia interesante.

Un hombre, una mujer joven y un niño recién nacido habían

llegado dos días antes a la ciudad en un viejo carromato. La mujer joven tenía aspecto de ser una india.

Estaba acometida de fiebre puerperal, y su estado era muy grave. El médico de la ciudad la atendía.

Fue así como John Adams, alias John Quincy, se enteró de que tenía un hijo.

Y, para celebrarlo, atrapó aquella noche una borrachera de espanto.

CAPÍTULO XI

Al día siguiente, cuando empezó a recuperarse de su borrachera, John Adams se dio cuenta de que tenía que enfrentarse a la realidad.

Le gustara o no, era un hombre perseguido.

Por un lado tenía las montañas donde habitaban los indios piutes, y de cuyas garras había logrado escapar por verdadero milagro. Por otro tenía la oferta de dos mil dólares que se hacía por su cabeza, preferiblemente si ésta se entregaba separada del tronco.

La única manera de huir con seguridad que tenía John Adams, alias John Quincy, era pasar la frontera de México y perderse en cualquier lugar del inmenso y agitado país. Pero allí, en La Unión, estaba Irina, y John Adams no quería dejarla.

A su modo estaba enamorado de ella. Estaba enamorado de ella como un buitre. Prefería verla muerta antes que saberla en brazos de otro.

Y aquel tipo que la acompañaba, aquel fulano llamado Norman, ¿no la habría tenido entre sus brazos ya?

No, no era fácil.

Irina acababa de tener un hijo, y en esas condiciones una mujer queda inservible durante una buena temporada. Él, como médico, sabía bien hasta qué punto era cierto.

Pero todos estos pensamientos no acabaron de tranquilizar a John Adams. Él no se sentiría calmado de nuevo hasta que tuviera en sus brazos a Irina. En sus brazos para siempre.

Pensaba en todo esto, mientras bebía un vaso de zumo de limón, para quitarse el mal sabor de la borrachera, cuando un tipo alto, fuerte, bien armado y con las ropas cubiertas de polvo entró en el saloon donde John Adams se encontraba y se acomodó en la barra,

cerca de él.

El recién venido poseía una expresión indescifrable. No tenía aspecto de vaquero ni de ranchero rico. Ni tampoco de comerciante. Ni de pistolero. En todo caso debía ser un pistolero muy especial: un gun-man a sueldo del Gobierno, es decir un federal.

Y las primeras palabras de aquel tipo hicieron comprender a John Adams que no se equivocaba.

El recién llegado, una vez hubo ingerido tres vasos seguidos de *whisky*, dijo al de la barra:

—Me llamo Slim.

—Muy bien, señor. Como si se quiere llamar George Washington. El *whisky* pienso cobrárselo igual.

—Soy un federal y busco a un hombre.

El de la barra cambió inmediatamente de actitud. A John Adams por poco se le cae a tierra el vaso que sostenía en su derecha.

—¿Qué hombre, señor?

—Un médico. Se llama John Adams.

—No lo conocemos, señor. Aquí hay un médico, pero se llama Patrick. Y lleva muchos años en la ciudad, de modo que no puede ser el que usted busca. ¿Qué ha hecho ese tal John Adams?

—Mató a un hombre a quien no debió haber matado jamás. Hay muchos intereses de por medio, y no pararán hasta darle alcance. Incluso pidieron ayuda al Gobierno federal, y por telegrama se me ordenó a mí que interviniese. Yo estaba actuando en aquella zona.

—¿Desde cuándo el Gobierno federal interviene por la muerte de un solo hombre?

—Y a le he dicho que hay gente importante interesada en ese asunto. Se removerá todo lo necesario para que ese hombre caiga, y por eso le aconsejo que me diga todo lo que sepa. El callar sólo le acarreará perjuicios.

—No sé más, señor. Un médico no pasa desapercibido…

—Sé que atravesó el territorio de los indios piutes, y por tanto está probablemente aquí.

De pronto se volvió hacia John Adams, cuyas manos sudaban espantosamente. Menos mal que el federal no lo notó.

—Usted amigo, ¿sabe algo?

—¿Yo? ¿Qué voy a saber?

—Tiene pinta de hombre importante. Quizá conozca a ese médico.

—Jamás he tenido relación con esa gentuza —declaró, muy serio, John Adams—. ¿Médicos? ¡Buaaaf! En cuanto a tipos que se llamen John, sólo me conozco a mí mismo, y eso sólo a ratos. Yo me llamo John Quincy. ¿Qué más puedo decirle?

—Por ejemplo, cuál es su profesión.

El federal Slim tenía unos ojos duros y crueles que en seguida pusieron nervioso a Adams.

—Tratante en ganado —dijo—. No suelo trabajar por aquí, sino que actúo al otro lado de la frontera.

—Ya.

Y el agente Slim dejó de mirarle. Pero John Adams sabía ya que aquél era un tipo peligroso, un tipo de ésos a los que les gusta dar su nombre… ¡antes de matar!

El mozo de la barra intervino:

—Yo creo que lo mejor que puede hacer, Slim, es hablar con el señor Brandon. Él conoce a todo el mundo aquí. Es la máxima autoridad en esta zona del país.

—Un cacique, ¿eh?

—Más que eso. Un rey. Hace lo que quiere y no se atreve nadie a oponerse a sus designios. Pero una conversación con el puede ser a usted muy útil, de veras.

Slim preguntó:

—¿Dónde lo encontraré?

—En el saloon Eve. Es suyo.

—Voy allá.

Slim salió, después de pagar, y en ese momento a John Adams le resbaló el vaso de entre sus dedos sudorosos. Ya no podía aguantar más la horrible tensión de sus nervios. Pero, por suerte para él, el federal Slim ya no estaba allí.

* * *

Slim, por su parte, fue al Eve saloon. Era un sitio muy lujoso, más lujoso, desde luego, de lo que merecía una ciudad como La Unión. Claro que aquel sitio, a caballo de la frontera, debía ser un lugar de dinero fácil, y eso explicaba la magnificencia de las

instalaciones de Brandon.

A juzgar por los anuncios, éste disponía de las mejores chicas de la comarca, y las renovaba con mucha frecuencia para que los clientes no llegaran a cansarse.

«Interesante tipo —pensó Slim—. Me extrañaría que en su pasado no hubiera más de una condena».

Pero no pudo comprobarlo, porque Brandon no estaba en su local. Le informaron que se encontraba de «pesca».

—¿Qué es «pesca»?

—Una mujer le interesa.

—¡Qué bien!

—Quiere traerla al saloon y la traerá. Cuando una mujer le interesa, la consigue. ¡Bueno es el jefe!

«Sí —pensó Slim—. Bueno. Uno de esos tipos que, al ser colgados, infectan la cuerda».

Pero no dijo nada en voz alta.

Se limitó a sentarse a una mesa y gruñir:

—Esperaré. ¡Vaya si esperaré! ¡Soy capaz de no moverme de aquí hasta que me nombren presidente de los Estados Unidos!

* * *

Brandon, que conocía al dedillo todo lo acaecido en la población, se había enterado de que Irina estaba en manos del doctor Patrick. Se había enterado también de que ya estaba fuera de peligro, pues la enfermedad había sido atajada a tiempo. Y se había enterado, por fin, de que vivía con su acompañante en una bonita casa situada fuera de la población.

Hacia allí se dirigió Brandon, con la mejor de sus sonrisas y un vago deseo aleteándole en los ojos.

Le gustaba la chica, aquella especie de niña en la que adivinaba, pese a ser madre, una completa inexperiencia amorosa. Le inquietaba el misterio de sus ojos y le seducía el recuerdo de sus hermosas formas entrevistas bajo las ropas, en el carromato. La pondría a trabajar en el saloon, con lo cual obtendría notables beneficios, y luego viviría una breve temporadita con ella. Pero primero a trabajar, porque los negocios son los negocios.

«Antes la obligación que la devoción», pensaba Brandon muy devotamente.

No encontró a Norman en la casa, porque estaba en el bosque cortando leña. Una Irina algo flaca, pero maravillosamente joven y bonita a pesar de todo, le recibió en la puerta.

—¡Usted…!

—¿No está tu marido, pequeña?

Irina iba a decir: «Ese hombre no es mi marido, aunque se porta mejor que si lo fuera». Pero prefirió callar.

—Corta leña muy cerca de aquí.

—¡Eso es bueno! Un hombre debe velar por su hogar… ¿Y el heredero? ¿Cómo está?

—Muy bien. Es un chiquillo precioso.

—¿No me lo enseñas?

Irina le invitó cortésmente a entrar, pero Brandon no miró al niño para nada. Únicamente tenía ojos para la muchacha, unos ojos que analizaban sus curvas una a una, pero de un modo lento y ofensivo, porque parecía como si Brandon estuviera analizando las virtudes de un animal que no supiese si comprar o no.

Al fin decidió:

—Tú ya estás muy recuperada, muchacha.

—Sí, afortunadamente.

—Un par de semanas de descanso y de comida abundante te pondrán nueva.

—Eso espero.

—¿Sabes? No se nota que acabes de tener un hijo. Estás estupenda.

—Eso dice también mi… mi marido.

—Desde luego, pero es imposible que él entienda tanto como yo. Las mujeres son mi negocio, y por eso las conozco bien. Te ofrezco un empleo en mi saloon.

—Un empleo… ¿Un empleo de qué?

—De bailarina, naturalmente. En cuanto te pongamos un vestido con un poco de picardía nadie notará los pequeños defectos que ahora tienes. Vas a ganar una montaña de dólares.

La muchacha se puso en guardia. Su rostro cambió.

—Le agradeceré que me deje, señor Brandon.

—Que te deje actuar, ¿eh? ¿Es eso lo que quieres decir?

—Váyase, señor Brandon.

Brandon le puso tranquilamente una mano en la cintura. Ella se

estremeció.

—Me gustan las rebeldes, nena. Y tú tienes fibra.

—Repito que se vaya.

—Mira, pequeña, más vale que te des cuenta del terreno que pisas. En La Unión yo soy el amo, y si un día te mato en la calle, o mato a tu marido, nadie chistará. A mi lado prosperarás, y lejos de mí encontrarás una sepultura. Tienes para reflexionar una semanita, justo lo necesario para que engordes un poco.

—No he conocido a nadie tan cínico como usted, señor Brandon.

—Pues entonces has conocido a muy pocos hombres, nena. Y conste que te trato como a una señora porque estás casada con un blanco, pero de lo contrario no gastaría tanta saliva contigo. Al fin y al cabo no eres más que una cochina india piute. —Hizo un suave gesto y añadió—: Piensa bien en todo lo que he dicho. Te conviene ser buena chica mientras estés aquí. Te conviene por ti… y por tu hijo.

La clarísima amenaza hizo estremecer a Irina, cuyos dientes rechinaron con fuerza.

—¡Cállese!

—De acuerdo, me callo. Soy un hombre de mundo y sé cuándo hay que decir la última palabra. Pero ya nos veremos pronto por la ciudad, nena.

Irina nada repuso.

Se le quedó mirando con los ojos vacíos, con esa impasibilidad propia de los de su raza, hasta que el poderoso personaje de La Unión hubo montado en su elegante tílburi de un solo caballo y marchado al trote tras hacerle un burlón saludo.

Poco después llegaba Norman cargado con un pesado haz de leña. Lo deposito junto al hogar y acarició con ternura los suaves cabellos de la muchacha.

—Pareces preocupada, Irina…

—No, no es nada.

—¿El pequeño se encuentra bien?

—Nunca estuvo mejor. Norman…

Él la miró con ternura.

—¿Qué…?

—Estás haciendo demasiados sacrificios por mí.

—Lo que hago no es ningún sacrificio. No me cuesta nada.

—Tú has pagado al doctor Patrick, me has ayudado a tener a mi hijo, has corrido peligros por mi causa… ¡Oh, Norman! ¡Lo que estás haciendo no podré pagártelo nunca, nunca…!

Se arrojó en sus brazos, intentando angustiosamente dominar el llanto. Norman, sin entenderla muy bien, le siguió acariciando los cabellos.

En realidad no necesitaba entender a Irina. Sólo sabía que junto a ella encontraba una dulce ternura, una grata paz. Sólo sabía que por primera vez tenía la sensación de haber encontrado el destino de su vida.

Irina, entre sus brazos, era como un dulce pajarillo que le enseñaba el camino de la verdad.

—No llores, pequeña —susurró—. No soporto verte llorar…

Y ella, sonriendo, secó sus lágrimas. Fingió una alegría que no sentía, sólo para tranquilizar a Norman.

Tres días más tarde, cuando el recuerdo de lo sucedido con Brandon ya se había disipado, ella fue a buscar alimentos a la ciudad.

CAPÍTULO XII

El primer encuentro que tuvo en la ciudad fue muy desagradable. Enfilaba la recta de la calle principal cuando su caballo estuvo a punto de tropezar con uno que llevaba Brandon. El dueño de Eve hizo una maniobra rara con su animal, para obligar a detener el de Irina, y una vez lo hubo conseguido se quitó el sombrero ceremoniosamente.

—Celebro verte por aquí, preciosidad. ¿Es que lo has pensado mejor y vienes a trabajar en mi teatro?

Irina tiró de las riendas con un ademán brusco, para desviar su caballo.

—Déjeme pasar.

—¡Ni soñarlo, hada! Nuestro primer encuentro fue muy poco feliz, y quiero que el segundo nos deje a los dos un mejor recuerdo. Vamos, ¿quieres tomar un par de copas en mi compañía?

—Yo no bebo con hombres, señor.

Brandon se encajó bien el sombrero y la miró con una sonrisa que era al mismo tiempo admirativa y burlona.

—No presumas, nena. Ayer estuve haciendo indagaciones y me enteré de que tienes un hijo…

Irina se mordió los labios. ¿Es que aquello iba a trascender a todo el mundo? ¿Es que por aquello iban a catalogarla entre las mujeres a quienes se les puede proponer cualquier cosa? ¿Qué debían pensar ya de ella? Un golpe de sangre subió repentinamente a su rostro, que se cubrió de rubor.

—Casi todas las mujeres del mundo acaban teniendo algún hijo, señor. Y además me extraña lo que dice. Usted ya lo sabía.

Brandon rió socarronamente, acariciándose las solapas con un ademán de suficiencia.

—Pero casi todas las mujeres del mundo empiezan por casarse, nena… Eso, lo de tu soltería, es lo que he averiguado realmente.

Irina clavó espuelas a su caballo y trató de pasar. Brandon lo impidió; alargando el brazo, sujetó férreamente las riendas.

—Déjeme.

—Te dejaré cuando prometas que vas a venir a verme otra vez, guapa.

Irina llevaba una fusta en la mano. Apretó los dientes y la movió dos veces, de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, cruzando con ella el rostro de Brandon. Éste, con las facciones, desencajadas, se llevó las manos a las mejillas, donde habían aparecido dos surcos de sangre. Tuvo para ello que soltar sus propias riendas y su caballo se encabritó. Brandon, que no tenía suficiente fuerza en las rodillas, no pudo conservar el equilibrio y cayó aparatosamente a tierra. Un verdadero surtidor de polvo se formó bajo su cuerpo.

—¡Maldita! —rugió—. ¡Maldita!

Todos los que habían presenciado aquella escena lanzaron carcajadas estentóreas al ver la grotesca posición en que había quedado uno de los «hombres duros» de la ciudad, y más ante una mujer. Irina no rió porque las anteriores palabras de Brandon, aún le dolían en el corazón. Pero su gesto despertó la admiración y la hilaridad generales, sobre todo cuando Brandon, ensangrentado y cubierto de polvo, quiso levantarse y dio un traspié que por poco le hace caer de nuevo. Sus ojos, sin embargo, tuvieron un brillo de fanático odio, como los de una fiera que tiene hambre y además se acaba de herir.

—¡Pagarás esto, maldita!

Irina quiso enderezar su caballo y picar espuelas para salir galopando de allí, pero justamente cuando movía las piernas, Brandon se las apresó con ambas manos, enganchándole los tobillos. Tiró de ellos, e Irina se vino al suelo también, con gran revuelo de faldas, siendo arrastrada por el polvo y enlodazando su vestido nuevo.

—¡Suélteme, canalla! —gimió—. ¡Cien veces canalla!

—Te soltaré cuando hayas sido humillada. ¡Cuando aprendas que de Jeremías Brandon nadie se ha reído jamás!

Seguía arrastrándola por los tobillos, entre las carcajadas

insolentes de una parte de los espectadores y las maldiciones estentóreas de los demás. La salvaje maniobra de Brandon causó general repulsa, pero en la ciudad se le temía por su fama con el revólver y nadie intervino. Precisamente por haber hecho el ridículo unos momentos antes, Brandon resultaba doblemente peligroso.

En ese momento de entre el grupo de espectadores situados al lado derecho de la calzada, surgió un hombre. Era un tipo joven, casi un muchacho. Tenía una sonrisa despectiva en los labios y acariciaba las culatas de sus revólveres mientras miraba desafiantemente a Brandon.

—¡No eres más que un perro sarnoso! —barbotó—. ¡Suelta a esa mujer o te desharé la cabeza!

Brandon soltó a la mujer para contemplar a su enemigo.

—¿Tú, pequeño pollito de invernadero, eres el que habla de matar a Brandon?

—Soy el que habla de defender a una mujer inocente.

En la calle se había hecho un instantáneo silencio. El rumor de las voces, de las carcajadas, de las respiraciones incluso, había cesado por completo. Diríase que todos los hombres que se hallaban en la calle habían muerto de improviso, y que por un milagro de equilibrio aún estaban de pie antes de caer para siempre. Todas las miradas convergieron en la zona ocupada por Brandon y el joven, que estaban situados tan sólo a diez metros de distancia uno del otro. Cuando las balas saltasen al aire serían mortales de necesidad. Y los ojos de hombres y mujeres se entrecerraron ante la inminencia del momento decisivo.

—Te perdono la vida, idiota —dijo despectivamente Brandon, mientras escupía al suelo.

—Muchas gracias, perro; pero antes tendrás que dejar libre a esa mujer.

Brandon, por toda respuesta, se inclinó nuevamente para sujetar uno de los tobillos de la mujer, quien se había cubierto las piernas apresuradamente. La sonrisa del joven se hizo más ancha, y su mano derecha levantó poco a poco el revólver.

—No, amigo.

Brandon arqueó los brazos y entreabrió las piernas.

—¡Está bien, estúpido! ¡«Saca»!

El joven se echó un poco hacia atrás y trató de sacar los dos

revólveres a la vez, demostrando mucha agilidad, pero muy poca picardía. Logró extraer las armas, mas no colocarlas en línea de tiro. Brandon, más experto, empleó tan sólo una décima de segundo en disparar a través de la funda, alcanzando a su enemigo en pleno vientre. El joven se estremeció, gimiendo como un niño, mientras Brandon le enviaba a la cabeza una segunda bala que fue definitiva.

Un silencio agobiante se hizo en la calle, silencio que sólo fue roto por una ronca voz.

—¡Salvaje! ¡Has asesinado a mi hijo! ¡Fiera sanguinaria!

Un hombre de unos cuarenta y cinco años —lo cual significaba ya una edad demasiado avanzada para la vida de las tierras del Oeste—, se adelantó abriéndose paso a codazos por entre la muchedumbre y contempló a Brandon con las facciones deformadas por el dolor. Sus manos temblorosas estaban a la altura de los revólveres, pero todos adivinaron que se hallaba demasiado nervioso para intentar nada en serio con ellos. Además su mirada iba con demasiada insistencia hacía el cadáver del muchacho, olvidando el peligro que representaba el revólver, ya desenfundado, de Brandon.

—No me gustan las discusiones, Pat —advirtió secamente éste—. Llévate tú mismo el cadáver si no quieres que te lleven junto a él dentro de un par de minutos.

—¡Eres una hiena, Brandon! ¡Defiéndete!

Pero Branden no se defendió. No hubo necesidad de eso. Con el revólver que sostenía en su diestra hizo un disparo a matar antes de que Pat lograra siquiera tocar las culatas de las armas. El desdichado recibió el balazo en pleno corazón sin tiempo para darse cuenta de lo que realmente sucedía. Sus rodillas se doblaron y cayó con gesto de estupor en el semblante, balbuciendo una sola palabra:

—Ase… si… no…

Sí, había sido un asesinato de los más incalificables que se recordaban en aquella tierra de violencia. Pero en esta tierra maldita donde la vida de un hombre o la virtud de una mujer no valían nada, faltaba además la leve sombra de la presencia de un *sheriff*. Ni eso había siquiera cuando Brandon mató a los dos hombres. Y por eso enfundó los revólveres con una sonrisa irónica, sabiendo que ahora ya nadie le pediría cuentas. Había llegado el momento de escarmentar a Irma con toda tranquilidad.

Se acercó a la muchacha, mientras el silencio que se había hecho nuevamente en la calle semejaba poder palparse. Sonriendo satánicamente, se inclinó un poco y alcanzó la fusta que Irina no había tenido más remedio que soltar.

El sol rojo del verano iluminaba la escena con reflejos infernales.

Algunas mujeres cerraron los ojos y los hombres volvieron cobardemente la espalda.

Irina era demasiado joven y ágil para permanecer mucho tiempo indefensa en el suelo. Se levantó de un rapidísimo salto y echó a correr como una gacela a lo largo de la calle.

Brandon no la persiguió.

Tan sólo fue hacia su caballo sin dejar de sonreír, y desanudó el lazo que tenía atado a la silla. Con un elegante movimiento hizo girar la cuerda sobre su cabeza y la lanzó. Irina, exhalando un gemido, vio frenada en seco su carrera al ser apresada por el lazo.

—No vueles tan aprisa, palomita —dijo Brandon.

La muchacha trató de liberarse, debatiéndose furiosamente, y Brandon soltó cuerda para dar mayor amenidad al juego. Irina echó a correr y fue frenada nuevamente. Otra vez Brandon volvió a soltar cuerda.

Ante la impotente desesperación de la muchacha, tiró de la cuerda bruscamente, haciendo caer a Irina y arrastrándola por el suelo. Como el lazo la ceñía por el talle, no había peligro de que resultase estrangulada. La arrastró, hasta casi poder tocarla con sus pies, y entonces levantó la fusta.

El primer golpe lo recibió Irina en la espalda, cuando desesperadamente se cubría el rostro.

El segundo en el cuello.

Y el tercero…

Iba ya a recibir el tercer golpe, éste más certero que los otros, cuando la fusta voló de la mano de Brandon.

Alguien se la había arrancado de un balazo certero, haciéndole en la mano un ligerísimo rasguño. Brandon se volvió rugiendo y vio un hombre solo.

Aquel hombre era Norman.

Norman tenía las facciones cuadradas en estos momentos, como si las hubiesen tallado en piedra. Sus ojos estaban entrecerrados a causa del sol, y sus brazos arqueados ligeramente. En su mano

derecha sostenía un revólver, humeante aún, que comenzó a enfundar poco a poco.

—El próximo disparo que haga será a matar, Brandon. Y lo voy a hacer dentro de unos momentos.

Brandon se encogió y arqueó la espalda un poco, como un gato presto a saltar. Rechinó su dentadura y sus manos temblaron espasmódicamente.

—Tú no puedes disparar contra mí, Norman, mientras yo no te haga frente. Sería tu ruina.

Norman sonrió secamente.

—¿Es que no vas a hacerme frente, Brandon? ¿Después de haber dado muerte a esos dos desdichados y después de insultar a una mujer te acobardas ante mí?

Otra vez Brandon rechinó los dientes.

—No llames cobardía a lo que sólo es simple prudencia. A ti no tengo ninguna necesidad de hacerte frente por la sencilla razón de que no desenfundarás tu revólver mientras yo no lo haga. Puedes detenerme, eso sí, pero ¿a qué autoridad me entregarás? Aquí no hay *sheriff*…

Irina sintió entonces como si algo le aprisionase la garganta.

—¡No puedes hacer eso, Norman! —gimió—. ¡Esos hombres ya están muertos y en cuanto a mí no merece la pena que te molestes en vengarme! ¡He recibido ya tantas ofensas en mi vida que una más no significa nada, Norman! ¡No hagas por mí nada que puedas lamentar después, por favor!

Los ojos de Norman fueron un instante hacia la mujer.

Y ella vio una extraña luz en sus ojos. Y se cercioró de que Norman también sabía amar, y un sentimiento en el que el placer se mezclaba al más lacerante dolor estremeció su alma.

—No lo hagas, Norman —suspiró débilmente—. No lo hagas.

Norman, quieto, silencioso ante ella, seguía mirándola. Sus ojos grises tenían una expresión más humana, más cálida, que los hacía distintos. E Irina recibió aquella mirada como una desesperada caricia que llegase hasta el fondo de su ser.

Los dos, con todo esto, se habían distraído un momento.

Y Brandon, decidido a todo, lo aprovechó para atacar.

Brandon tenía un revólver en la funda, pero fue lo bastante listo, para comprender que, aun ganando a la acción a Norman, éste sería

lo bastante rápido para clavarle una bala entre cejas. Había oído contar demasiadas maravillas de aquellos hermanos para arriesgarse a eso.

En cambio, a pesar de las palabras cambiadas entre los dos, era evidente que Norman no haría uso de sus armas a menos que él extrajese el revólver. Y decidió dejarlo quieto por el momento.

A sus espaldas había un pesado carromato de los empleados para transportar grandes cargas a través de la pradera. El tronco de caballos no estaba ungido a él, pero sí en cambio había un grueso látigo junto al pescante. Y Brandon, durante los breves segundos en que Irina y Norman estuvieron distraídos, se apoderó de él.

—¡Atención, Norman!

El aviso había partido de uno de los espectadores. Pero llegó demasiado tarde.

El látigo, disparado por Brandon con una excepcional habilidad, rodeó la cintura de Norman, quien, sorprendido, se vio obligado a dar una vuelta completa sobre sí mismo. Brandon movió otra vez el látigo y alcanzó una de las piernas de Norman. Éste no pudo evitar caer al suelo y verse arrastrado durante un par de yardas.

Cuando un hombre acosado por un látigo se mantiene en pie y conserva su agilidad de movimientos aún no está todo perdido para él. Puede esquivar los golpes, fintar con el cuerpo y tratar de acercarse a su enemigo. Pero cuando cae al suelo, ya no tiene salvación; por ágiles que sean sus movimientos los del látigo lo serán siempre más. El látigo, cuando su dueño lo maneja bien, es como una gran serpiente. Y Norman ya había caído al suelo, y tenía motivos para saber lo que le aguardaba.

Brandon rió secamente. La mano con que empuñaba el látigo tembló de excitación mientras se disponía para el nuevo golpe.

—¡Dispare, Norman! —gritó una voz.

—¡Ese hombre le destrozará con el látigo!

—¡Él le ha atacado a traición! ¡No le importe emplear el revólver!

El griterío alrededor de los dos aumentaba por momentos. Un círculo de pasión y de odio se había formado en torno a los dos hombres enzarzados en aquella lucha que sólo podía tener un final: la muerte. Y si Norman no empleaba el revólver pronto, sería él el que perecería en la lucha, porque lógicamente ya no tenía

salvación.

Pero Norman no rozó su arma, aquel «Colt» calibre 45 negro, que Irina ya conocía bien. Se limitó a mirar a Brandon con una sonrisa entre desafiante y burlona.

—¡Estás perdiendo los nervios, amigo! ¡Vamos, ataca!

Brandon, con un rugido, atacó.

Había adivinado que la intención de Norman era sujetarse al látigo de cualquier manera y obligarle a perder el equilibrio; por eso dio un golpe muy rápido y suave, descolocando a su adversario y haciendo que se sintiese desorientado. Luego apretó los dientes y lanzó con una carcajada su primer golpe de castigo: Un latigazo plano sobre la espalda de Norman, que le rasgó la camisa y marcó en su cuello una línea roja.

—¡Esto no es más que el principio!

Sí, aquello no era más que el principio. Brandon sabía cómo destrozar a un hombre con un látigo y cómo evitar que se escabullese la presa. Dos nuevos golpes acabaron de destrozar la camisa de Norman e hicieron aparecer en su tórax las primeras manchas rojas. El joven trató de levantarse, y Brandon, en un prodigio de habilidad, le enredó otra de sus piernas, haciéndole caer de nuevo y ahora cara al cielo. Los golpes iban a ser mucho más dolorosos en esa nueva postura.

—¡Por Dios, emplee el revólver de una vez, Norman! —gritó una voz—. ¡Aunque sea para herirle tan sólo!

—Yo no empleo el revólver contra un hombre que me ataca con un látigo solamente —masculló.

—¡Pero el látigo puede matar! —gimió Irina—. ¡Acabará contigo si no hacemos algo! ¡Golpéeme a mí, Brandon! ¡Soy yo quien tiene la culpa de todo!

Brandon, desde muy cerca, le dedicó una malévola sonrisita.

—Luego ya me encargaré de ti, nenita.

La momentánea pausa fue aprovechada por Norman para reunir fuerzas y lanzarse hacia adelante con la agilidad de un puma. Brandon, no obstante, le esquivó a tiempo. Se hizo a un lado, y Norman pasó volando junto a él, para estrellarse sordamente contra la muralla humana que rodeaba el escenario de la lucha. Ensangrentado y maltrecho, cayó entre los pies de los espectadores, respirando angustiado el polvo que había levantado con su propio

cuerpo.

—¡Ya te has movido bastante, Norman! —rugió Brandon.

Y entonces comenzó el verdadero, el terrible, el implacable castigo. Entre los alaridos de una multitud enardecida y horrorizada a un tiempo, entre los gemidos angustiosos e impotentes de Irina, Brandon movió el látigo como un verdadero diablo, como un campeón invencible. El cuero trenzado silbó una y otra vez sobre la cabeza de Norman, redujo a tiras sus ropas y marcó trazos sangrientos en su cuerpo. Dos veces trató de ponerse en pie el joven y dos veces cayó cuan largo era, engañado por hábiles fintas el látigo de Brandon. Y apenas puesto en contacto con el suelo, Brandon se ensañaba más y más con él, porque sabía que un solo instante de tregua significaría, fatalmente, su propio fin.

Ahora, en la calle, ya nadie gritaba, y sólo el chasquido seco y cruel de los latigazos hacía estremecer el aire. Irina, apretando los dientes, se puso en pie y se acercó poco a poco, por la espalda, a Brandon, decidida a intervenir aunque el hacerlo le costase la vida.

Pero el momento elegido por Brandon para acabar con su enemigo había llegado ya. Norman estaba lo bastante «maduro» para el golpe final. Y por eso, rechinando los dientes, Brandon articuló:

—¿Por qué no saca ahora el revólver, señor pistolero-predicador? ¿Es que de repente le ha entrado miedo?

Norman estaba en aquel momento jadeante, en el suelo, y su postura era la menos apropiada para «sacar». Todos adivinaron el claro objetivo de la maniobra de Brandon: Obligar a su enemigo a hacer un solo movimiento sospechoso para, con toda tranquilidad, descerrajarle un cilindro entero alegando luego defensa propia. Y por si la postura de Norman no fuera bastante comprometida, el castigo que acababa de sufrir le habría impedido mover el revólver a tiempo. De modo que Brandon obraba sobre seguro al hacer aquella proposición.

—¡Canalla! —masculló Irina—. ¡No es más que un miserable canalla!

Se abalanzó sobre él, tratando de sujetarle el látigo, pero Brandon la arrojó de nuevo al suelo con un seco movimiento de su brazo izquierdo. Y entonces, las facciones crispadas en una expresión de odio, levantó el látigo sobre el cuerpo de la muchacha.

—¡No! —rugió alguien.

Aquel alguien era Norman.

Sus ojos lanzaron un destello gris, más cruel que de costumbre. Sus manos parecieron arañar el aire y todos sus músculos sufrieron una sacudida.

Saltó.

Los habitantes de La Unión no recordaban un salto tan espectacular, tan felino y certero como aquél. Norman cayó sobre Brandon y los dos rodaron por el suelo, entre los alaridos ensordecedores de la muchedumbre. Norman se puso en pie de un nuevo salto, pero Brandon no soltó el látigo. Cuando iba a moverlo de nuevo, Norman se lo pisó. Y de un puntapié que resonó sordamente en la calle, se lo arrancó de la mano que lo empuñaba. Brandon lanzó un grito de dolor que fue ahogado por el clamoreo del gentío reunido en el escenario de la lucha.

—¡Coge ahora el látigo, Norman! —gritó una voz.

—¡Ahora dale tú su parte!

Pero Norman no se apoderó del arma. Por el contrario se distanció un poco de su enemigo, ordenándole:

—Ponte en pie.

Brandon lo hizo, tratando de abalanzarse sobre el látigo. Norman, que esperaba aquello, lo enderezó de un rodillazo, le propinó un gancho de izquierda y luego un fantástico cruzado de derecha. Brandon lanzó un alarido mientras se desplomaba pesadamente. Pero se volvió a incorporar como si hubiera tenido un resorte bajo su cuerpo. Quiso mover los brazos, pero no lo consiguió porque Norman le golpeó en los flancos, haciéndole encogerse. Otro cruzado doble a los ojos le dejó medio ciego, y fue a partir de ese momento cuando Brandon empezó a flotar de un lado a otro del círculo formado por la muchedumbre. Nadie era capaz de vencer con los puños a Norman, y todos sabían eso. Los puños del gigante fueron una y otra vez al rostro de Brandon, deshaciéndolo, convirtiéndolo en una masa irreconocible. Un corto al estómago lo hizo doblarse y otro gancho al mentón lo desplomó como un muerto entre las ruedas de un carro.

Norman, jadeante, rendido por el esfuerzo y por el brutal castigo que antes recibiera, se dirigió vacilando hacia Irina para levantarla del suelo.

—¡Cuidado!

Era la propia Irina la que había dado la voz de alarma. Brandon semi inconsciente a causa de los golpes, supo no obstante que aquélla era una ocasión ideal para acabar con su enemigo. Extrajo el revólver y apretó el gatillo.

La bala sólo rozó a Norman, que se había arrojado al suelo al oír la advertencia de Irina. Un nuevo disparo de Brandon le produjo un rasguño en la cadera, mientras él extraía a la vez su propio revólver.

Disparó una sola vez, con fría precisión y fue suficiente. Brandon, quien se disponía a apretar el gatillo de nuevo, recibió la bala en el corazón y cayó hacia atrás con el rostro desencajado. Sus manos, en un último espasmo de dolor, se aferraron a uno de los radios de la rueda del carro y quedaron así, levantadas como si su dueño aún tuviese vida.

La muchedumbre que había presenciado la pelea se convirtió de repente, al cesar ésta, en una marea humana. Hombres y mujeres se abalanzaron hacia Norman para felicitarle, mientras otros se apresuraban a poner en pie a la maltrecha Irina. Algunos otros, en fin, más caritativos o más sensatos, se apresuraron a retirar los cadáveres.

CAPÍTULO XIII

Tres hombres llegaron al pueblo aquella misma tarde.

Vestían de blanco, y eran mexicanos indiscutiblemente. Sus sombreros redondos, de paja trenzada, sólo ocultaban en parte sus facciones morenas, duras y tenaces. Daban la sensación de hombres para quienes el tiempo no existe mientras persiguen una presa. Hombres que, cuando buscan a alguien, lo rastrean hasta el mismo infierno.

Y aquellos hombres, en efecto, buscaban a alguien.

Los tres penetraron en el Eve saloon, donde había crespones negros en memoria del dueño muerto, y pidieron tres buenas jarras de cerveza.

Cuando tuvieron las fauces húmedas y pudieron hablar, uno de ellos dijo:

—Buscamos a un médico llamado John Adams.

—Ya han venido otros a buscarlo —comentó el de la barra.

—¿Sí?

—Sí. Por lo visto, ese John Adams es un tío famoso.

—¿Quién vino metiendo las narices en esto?

—Un federal.

Los tres mexicanos se miraron.

Mal asunto que un federal se hubiese metido en medio, pero ellos podrían capturar antes a John Adams y embolsarse los dos mil dólares. En aquella clase de trabajos, la competencia era libre.

—¿Y qué ha conseguido el tal Slim?

—Nada. Investigó, por aquí y luego se largó al otro lado de la frontera.

—¿Quién ha liquidado al dueño de este tugurio?

—El dueño de este local, fue despachado por un tipo llamado

Norman. Esta calle parecía una mesa de billar, amigo. Las tortas iban y venían que daba gusto, y las balas tocaban de carambola al que menos lo imaginaba. Bueno, a lo que iba… Nadie conoce aquí al tal John Adams.

—Nosotros lo vimos una vez.

—¿Sí?

—Sí. Claro que fue un momento, y no estamos seguros de reconocerlo al primer golpe de vista si se ha disfrazado un poco. Pero hay algo que no nos engañará: su maletín de médico.

—¿Un maletín de médico? Nadie lo lleva aquí.

—¿No hay doctor en este poblacho?

—Sí, claro que sí, pero a ése yo lo dejo aparte. Lo conocemos hace muchísimos años.

—¿Cómo se llama?

—Doctor Patrick.

Los tres mexicanos se miraron. Sus ojos enigmáticos no demostraban ningún sentimiento.

—Ése nos podrá orientar —dijo uno de ellos.

—¿Por qué? —preguntó el del bar.

—Los médicos se huelen unos a otros.

—¿Quieren decir que si hay alguno en la ciudad que lo sea, el doctor Patrick lo sabrá?

—Por supuesto.

—Pues pueden ir a verle esta noche. Regresa a su casa hacia las nueve, cuando termina sus visitas por los ranchos de las cercanías. Vive unas casas más abajo. Hay placa en la puerta.

—Desde luego, iremos —dijo el mexicano que parecía de más edad.

El otro añadió:

—Manito, hay dos mil dólares en el cielo, y conviene tener preparados los sombreros para cuando caigan…

Se retiraron a una mesa, donde encargaron comida, y estuvieron pasando el rato hasta que sobre la ciudad anocheció.

John Adams conocía ya su llegada.

Los había visto desde la ventana del hotel en que se hospedaba, y adivinó al instante que aquellos tipos eran de los que le vieron mirar el pasquín en aquella miserable cantina al borde del territorio piute. Eran tenaces, y darían con él si no lograba desorientarles.

Había cambiado sus ropas y se había dejado crecer la barba, pero ¿sería eso suficiente? ¿Bastaría para engañarles?

John Adams sentía, desde algunos días atrás, que su boca se llenaba con el sabor espeso de la muerte. Ni siquiera se había atrevido a ir a ver a Irina para no mostrarse en público.

Estuvo vigilando desde la ventana de su hotel largas horas, para seguir los movimientos de aquellos tres mexicanos.

Y a las nueve de la noche los vio entrar como tres sombras en la vivienda del doctor Patrick.

CAPÍTULO XIV

El doctor Patrick no vivía más que con una vieja sirvienta, y a aquellas horas era como si estuviese solo en la casa. Los tres mexicanos entraron como si fueran visitantes vulgares, pero a los pocos minutos eran ya dueños de la situación.

La vieja sirvienta estaba amordazada y amarrada a una pata de su propio lecho.

El doctor Patrick estaba atado a una silla y aguantando estoicamente el manantial de bofetadas que le propinaban aquellos tres desconocidos.

—¡Dinos dónde está ese granuja de John Adams!

—¡Tú lo has escondido!

—¡Habla!

El doctor Patrick dijo con voz serena:

—No sé quién es John Adams. No lo he oído nombrar en mi vida.

—¡Tú le conoces!

—¡Sólo a ti ha podido pedirte ayuda!

Los tres mexicanos estaban perfectamente convencidos de hallarse en el camino de la verdad. Para ellos la actitud serena del doctor Patrick no era más que pura comedia.

La concepción del mundo que tenían los tres era extraordinariamente simplista.

Si un cuatrero fugitivo suele pedir ayuda a otro cuatrero, les parecía evidente que un médico fugitivo había tenido que pedir ayuda a otro médico.

Aquel cerdo del doctor Patrick ocultaba a John Adams.

Por culpa suya no iban a poder conseguir los dos mil dólares que ya creían en sus bolsillos.

—Te mataremos si no hablas. ¡Somos capaces de arrancarte la piel con nuestros cuchillos!

—Pero veamos… —Intentó recapitular el médico, ya abrumado por los golpes—. Ese John Adams al que buscáis, ¿es el mismo por cuya cabeza ofrecen dos mil dólares?

—Exacto.

—¿Y creéis que yo iba a ocultarlo? ¡Me hubiera arriesgado demasiado con eso!

—¡Tiene que estar aquí! ¡Y sólo tú puedes haberle prestado auxilio, maldito!

—No lo he hecho. Y dejaré que me matéis sin decir una palabra más. Pero os advierto una cosa, si es que queréis cobrar los dos mil dólares de recompensa.

—¿Qué?

—Para poder presentaros a las autoridades y cobrar ese dinero, tenéis que estar a bien con la Ley. Matadme y vosotros mismos os habréis convertido en unos perseguidos. No sé qué ventaja vais a sacar de esto, imbéciles.

Los mexicanos le hubieran clavado con gusto una cuchillada cada uno, pero comprendían que el viejo tenía razón.

No podían presentarse a cobrar una recompensa de dos mil dólares si por sus propias cabezas ya se pagaban dos mil quinientos.

—No creas que te saldrás con la tuya, marrano —dijo uno de los tres—. Te vigilaremos.

—Y cuidadito con denunciarnos. ¡Si dices una sola palabra te apiolamos! ¡El gusto de arrancarte la piel bien vale los dos mil dólares!

—No os denunciaré —dijo serenamente el doctor Patrick—. Siento grandes simpatías por los mexicanos que son buena gente. Vosotros sois sólo basura y escoria de vuestra raza, pero no os denunciaré. Sólo os pido que os larguéis de la ciudad.

Los tres le miraron recelosamente.

Se daban cuenta de que aquel hombre no les tenía miedo, y para ellos, simples matones de la frontera, aquél era un hecho nuevo que les llenaba de asombro.

—Puede que nos marchemos, matasanos. Pero si habla acuérdese… Raaaaac.

Y uno de ellos se pasó el dedo por el cuello, en un gesto bien

significativo.

Patrick no se inmutó.

Cuando los tres truhanes se alejaron, después de desatarle, se limitó a frotarse las muñecas y a prepararse un poco de café. Hasta media hora más tarde no desató a su sirvienta, porque pensó: «Si puedo estar media hora tranquilo, ¿qué necesidad tengo de oírla hablar?».

No sabía que los tres individuos, molestos por el fracaso de su «gestión amistosa», le estaban preparando una trampa.

Los tres habían comprendido que el doctor Patrick significaba un peligro para ellos. Podía decidirse a hablar, en cuyo caso todo estaría perdido.

Penetraron en la cuadra y vieron que había allí dos caballos, pero una sola silla.

—Tiene que morir accidentalmente —dijo uno de los tres mexicanos.

—Eso es fácil.

—¿Empleamos el sistema del clavo?

—Eso ha dado resultado otras veces, con gentes mayores como ese tipo, que al caer del caballo se parten los huesos enseguida.

—Pues manos a la obra. Pero hay que poner un clavo de buena calidad. No olvidemos que él es un señor médico…

Los tres rieron silenciosamente, mientras uno de ellos buscaba en la cuadra un clavo bien delgado y fuerte.

Lo encontró en una madera mal clavada. No le resultó difícil arrancarlo.

Hicieron que ese clavo atravesase la silla, de modo que desde fuera apenas se notaba su cabeza. En cambio por la parte interior sobresalía en forma de una punta aguda que se clavaría en el caballo al ponerle la silla, y le produciría dolores insoportables cuando el peso del jinete presionase sobre ella.

Luego desaparecieron.

Cuando al día siguiente se enteraron de que el doctor Patrick, a poco de marchar de la ciudad para hacer sus visitas se había matado al salir violentamente despedido por encima de las orejas de su caballo, no se sorprendieron en absoluto.

Se limitaron a sonreír y a hacer un gesto de Okay con los dedos.

Luego se bebieron tres botellas a la salud del doctor Patrick,

pues supusieron que un médico tan importante como él merecía al menos esa última muestra de respeto.

* * *

Poco más tarde, al anochecer siguiente, otro médico, pero éste mucho menos conocido en la ciudad, se dirigía silenciosamente a la casa de las afueras donde habitaba Irina en compañía de su hijo y de Norman.

Se trataba de John Adams, quien ya no podía resistir más tiempo sin ver a la mujer a la que deseaba sobre todas las cosas.

Por prudencia había pasado hasta entonces casi todos los días y noches en su habitación del hotel, lo cual no había hecho sino incrementar sus deseos. La soledad, oyendo las alegres musiquillas y los gritos de las mujeres en el saloon cercano, le había puesto al borde de la locura.

Necesitaba a Irina sobre todas las cosas. Necesitaba al menos verla, hacerle sentir su presencia.

Por eso aquel anochecer olvidó toda su prudencia y se dirigió a la casa donde habitaba la muchacha.

Tuvo suerte.

Mientras avanzaba como un gato, oculto entre los matorrales que rodeaban la casa, vio a Norman que estaba apilando leña en un cobertizo exterior. Norman se encontraba de espaldas, y ni remotamente imaginó el peligro que se le venía encima.

El ruido que él mismo hacía al apilar los haces de leña, no le permitió oír los pasos de John Adams, que estaba ya casi sobre él.

Dos terribles culatazos en la nuca le dejaron sin sentido. Norman cayó pesadamente.

John Adams entró en la casa, y vio que a la luz de un quinqué de petróleo, Irina se estaba arreglando para la cena.

Había tanta inconsciente coquetería en cada gesto de la mujer, tanta dulzura en su expresión, al contemplarse en el espejo, que John Adams se dio inmediatamente cuenta de la verdad. Fue una verdad que penetró en su corazón como un doloroso impacto.

Aquella mujer estaba enamorada de Norman. Se arreglaba para él. Pensaba en él al mirarse en el espejo.

Los dientes de John Adams rechinaron de rabia, pero no hizo un solo gesto que delatara su presencia.

Ella se había retirado del espejo. Ahora se daba crema en las manos, vuelta de espaldas a la puerta.

John Adams puso las manos en su cintura, suavemente.

Notó que todo el cuerpo de la mujer se estremecía, que todo palpitaba en ella.

Irina se volvió poco a poco.

Una luz nueva, una luz de resurrección flotaba en sus ojos.

De pronto vio a John Adams, y sus labios se desplegaron en un gesto de asco, de estupor, y de miedo. Todo su cuerpo palpitó en un gesto de repulsión, pero el médico no la soltó.

El nombre que ella había empezado a pronunciar, «Norman», murió en su garganta.

Sus ojos dilatados, miraron a John Adams, que la atraía hacia sí poco a poco.

—¿Sorprendida?

—¡Déjame…! ¡Déjame de una maldita vez!

—No grites tanto, pequeña… aunque estás más bonita cuando te pones como una fierecilla. Sólo he venido a convencerme de que me sigues queriendo con loca pasión…

—¡No te he querido nunca! ¡Me das asco! ¡Suéltame! ¡Suéltameee!

Golpeó con sus puños, con todas sus fuerzas, el pecho de John Adams, pero éste no se inmutó. Los golpes de la mujer a quien amaba no le dolían. Una sonrisa cínica asomó a sus labios mientras la acercaba poco a poco hacia sí, estrechándola cada vez con más fuerza.

—Nena…

—¡Suéltame, maldito! ¡No conseguirás nada de mí! ¡Déjame!

Los gritos de Irina despertaron al niño. Éste empezó con un llanto repentino desde su improvisada cuna de tablas.

John Adams soltó lentamente a Irina.

Sus facciones cambiaron.

Una expresión nueva apareció en ellas, como si en aquel momento hubiera descubierto en su vida algo que hasta entonces nunca conoció.

Poco a poco fue hacia la cuna. Irina no se atrevió a huir, temerosa de lo que aquel hombre hiciera con su hijo.

John lo miró poco a poco, detenidamente, como si analizara uno

a uno todos los detalles de su cuerpo. Luego se volvió, mientras en sus labios flotaba una suave sonrisa.

—¿Éste es mi hijo?

—Sí… Éste es.

—Tiene un aspecto magnífico… Pocos niños he visto yo así. Será un hombre de los que infunden respeto.

Irina sentía las palabras quemando en su garganta.

—Sí —balbuceó.

—¿Lo crías tú?

—Desde luego. Al principio fue peligroso, porque yo estaba enferma, pero el niño lo ha resistido estupendamente.

—Sí… Tiene unos bíceps bien marcados y el pecho muy amplio. Todo un hombrecito, ésa es la verdad. Me siento orgulloso de él. ¿Qué tal anda de apetito?

—Muy bien…

—No te darás cuenta y pronto empezará a corretear por ahí… ¿Sabes? En el fondo yo siempre he soñado en tener un hijo como éste. Pero necesitará cuidados, muchos cuidados… ¡Y dinero! ¿Por qué no has pensado en eso? ¿No te has dado cuenta de que para ti empieza una nueva vida llena de responsabilidades? ¡Sólo yo, un hombre de posición, puedo ayudarte a afrontarla!

La estrechó de nuevo por la cintura y la miró al fondo de los ojos. Ella se estuvo quieta, muy quieta. Sólo echó la cabeza hacia atrás y le miró también. John Adams, a su modo, era sincero. John Adams, la quería, la necesitaba, pero la vida a su lado había sido un infierno. Y aunque no fuese así… ella había descubierto de repente que en su existencia había ahora algo maravillosamente distinto.

—No puede ser, John.

—¡Claro que puede ser! ¡Y será!

La zarandeó otra vez violentamente, atrayéndola hacia sí mientras buscaba con ansia sus labios. Pero en aquel momento resonó una voz en la puerta.

—Déjala, Adams.

El médico se volvió.

Sus ojos llameantes descubrieron a Norman, el cual le miraba desde la puerta con la mano a la altura del revólver:

Le dirigió una sonrisa torcida y cínica.

—¿Te atreverás a defender a esta mujer, Norman?

—La defenderé aquí y donde sea.

—¿Incluso con las armas?

—Estoy esperando que tú «saques» para clavarte una bala entre las cejas, Adams.

—Ésa es una historia ya muy antigua, Adams. Una historia que no interesa a nadie.

—A mí sí.

—En ese caso mueve la mano derecha, Adams. Llévala hacia el revólver y acabemos de una vez.

John Adams se mordió el labio inferior.

Gotitas de sudor helado habían aparecido bruscamente en sus sienes.

De sobras conocía la fama de Norman. Hijo de un predicador pacifista, hermano de pacifistas que sin embargo tenían ojos de buitre. Norman había sido el garbanzo negro de la familia. Había sido el hombre nacido para matar.

Adams siempre había pensado que le sería fácil acabar con él, pero ahora que lo tenía enfrente, ahora que se daba cuenta de que unas décimas de segundo podían decidir entre su muerte y su vida, comprendió que no era capaz de rozar el revólver.

Los ojos de Norman, como los de sus hermanos, eran los de un buitre. Ahora se daba cuenta de eso.

Se daba cuenta también de que aquellos dedos estaban ansiosos de tocar el revólver, de matar.

Una misteriosa voz, llegada desde el fondo de su sangre, llamaba a Norman hacia el desafío. Sin embargo el joven susurró:

—Después de la muerte de mi padre juré que no tocaría más el revólver, John Adams, pero volveré a empuñarlo si hace falta para defender a esa mujer. Lo empuñaré con todas las consecuencias.

John Adams respiraba afanosamente.

Le dominaba una extraña sensación de vértigo.

—¿Y qué te importa a ti esa mujer? —masculló—. ¿Es que acaso…?

No se atrevió a continuar. Lo que Norman dijera le heriría tan en lo hondo que no se atrevió a terminar aquella frase.

Y por otra parte se dio cuenta de la luz de ansiedad que había en los ojos de Irina. Se dio cuenta de que de lo que Norman dijera dependía quizá la vida de la mujer, se dio cuenta de que ella

esperaba aquellas palabras con toda el ansia de su ser, con toda la fuerza de su sangre.

—La quiero, si es eso lo que esperabas saber —dijo Norman lentamente, y pienso hacerla mi mujer si ella me da su consentimiento.

John Adams dejó caer sus brazos a lo largo del cuerpo.

Bruscamente una sensación de desánimo se apoderó de él, y le pareció que la vida careciera de sentido.

Estuvo a punto de apretar el revólver, para terminar de una vez, pero en el último instante no se decidió. Sería mejor acabar con Norman cuando éste se hallara distraído. No le sería difícil encontrar una oportunidad.

—Te mataré —dijo lentamente, masticando las palabras—. Juro que te mataré.

—Pues decídete pronto —gruño Norman—, porque a este paso me voy a morir de viejo.

John Adams escupió al suelo, mientras se dirigía a la puerta, y salió de allí sin que Norman, cuyos ojos seguían brillando como los de un buitre, hiciera un solo movimiento.

CAPÍTULO XV

Los tres mexicanos que buscaban a John Adams asistieron muy contritos al entierro de Patrick, después de cuya muerte la ciudad quedaba sin médico, y hasta fueron a los funerales que organizó en su sufragio la pequeña iglesia local.

Podía decirse de ellos lo que se quisiera, pero nadie podía negar que se tratara de unos chicos cumplidos.

Luego empezaron a pasar revista a todos los tipos a los que habían ido conociendo en la población. Si Patrick, como parecía, no había ocultado a John Adams, éste debía estar en algún sitio de La Unión, usurpando una falsa personalidad. Y les urgía encontrarlo, o desengañarse pronto, porque si resultaba que John Adams estaba en otro sitio ya no iban a tener tiempo de rectificar.

Por eso analizaron uno a uno, de memoria, a todos los hombres que fuesen más o menos forasteros en la ciudad. Un análisis como aquél no lo habían hecho hasta entonces, seguros como habían estado de que les bastaría interrogar al doctor Patrick.

Naturalmente, poco tiempo necesitaron para concretar sus sospechas en un tipo a quien no habían visto aún, pero del que sabían se alojaba en un hotel, del que no salía apenas. Un tipo llamado John Quincy.

—Puede que sea ése —dijo uno de ellos.

—Pero hay que estar seguros. Si es simplemente un tipo que se le parece, meteremos la pata.

—Podemos registrar su habitación mañana. Podemos ver si lleva el maletín de médico.

—Cierto; eso será lo mejor.

—Y después del registro no perdamos tiempo. Esta ciudad ya me va resultando aburrida.

—Pues hay chicas estupendas. Yo conozco una que…

—Nada de chicas. Hay que terminar este asunto pronto y bien. Mañana nos las entenderemos con ese tal John Quincy. ¡Ah! Y le llevaremos unas flores a la tumba del doctor Patrick…

CAPÍTULO XVI

A la mañana siguiente John Adams, alias John Quincy, salió del hotel en contra de la costumbre que había adquirido desde que llegó a la ciudad. Estaba nervioso, se sentía lleno de deseo por Irina, y caso de continuar en la habitación habría terminado rompiéndose la cabeza contra las paredes.

No se dio cuenta de que tres tipos vestidos de blanco, con grandes sombreros redondos cubriéndoles hasta los ojos, le habían divisado y le seguían silenciosamente.

Los ojos de aquellos tres hombres se habían puesto a brillar de un modo repentino. Casi estaban seguros de que aquel tipo bien vestido que acababa de salir del hotel era el mismo a quien vieron en la cantina cercana a la frontera. Aquél tenía que ser John Adams, y ellos no iban a perder demasiado tiempo en averiguaciones.

Si resultaba que no era John Adams, peor para él. Una vez con tres balas en el corazón, que fuera a reclamar donde mejor le pareciese.

Mientras tanto el médico caminaba por el centro de la calle principal, bien ajeno a lo que le esperaba.

Los tres hombres se habían detenido a unos treinta pasos.

Uno de ellos titubeó. Dijo con voz vacilante:

—Oíd… ¿Y si no es?

—Yo estoy seguro de que sí.

—Pero si nos equivocamos… puede ser grave.

—No hemos de andar con vacilaciones ahora. Nos jugamos dos mil dólares. Trabajando en el campo no los ganaremos nunca.

—Podríamos perder los dos mil dólares y la piel si sufriéramos un error. Lo de Patrick no se ha sabido, pero esto lo verá todo el mundo.

—Bueno, quizá si le preguntáramos algo… Por su modo de hablar podemos asegurarnos.

—¡Callad!

Era uno de los mexicanos el que había hecho la advertencia. Y, en efecto, una novedad se estaba produciendo con el hombre al que vigilaban.

Éste acababa de tropezarse con la mujer que llevaba en los brazos un niño de corta edad.

Los ojos de John Adams brillaron de sorpresa, de admiración y de deseo al ver ante él la figura de Irina. Ésta llevaba en los brazos al hijo de ambos, y parpadeó confusa al ver frente a ella a John, quien la contemplaba como si de un momento a otro fuera a estrecharla en sus brazos.

Irina no podía esquivar el encuentro. De un modo instintivo, como si deseara protegerlo, apretó al niño contra su pecho.

John susurró:

—¿Adonde ibas?

—Quería que el doctor Patrick, el médico de la ciudad, viera un momento al niño. Tiene algo de fiebre.

—¿El doctor Patrick? ¿Y por qué no me has llamado a mí? ¿Acaso soy peor médico que él?

—No es eso, John. Es que…

—Comprendo. ¿No quieres verme, verdad?

—¿Para qué voy a negarlo? No, no quiero verte, John. Ojalá no te hubiera conocido nunca.

—Pues tendrás que recurrir a mí, porque el doctor Patrick ha muerto. Te guste o no te guste, yo soy tu única esperanza. No hay más médico en la ciudad.

Irina abrió la boca, asombrada.

—Yo… no sabía…

—Hay muchas cosas que no sabes, Irina. Y la primera de ellas que no podrás librarte de mí. ¡Que te necesito!

Fue a zarandearla, y en aquel momento Irina se dio cuenta de que se acercaban tres hombres. Leyó en sus ojos lo que iba a suceder, y de una manera instintiva gritó:

—¡Cuidado!

Los tres mexicanos se habían decidido a actuar. No estaban seguros, sin embargo, de que aquel tipo fuera realmente el que

estaban buscando. Iban a verlo más de cerca y a hacerle preguntas, llevando por si acaso las manos muy cerca de sus armas.

John Adams se volvió como si hubiera oído tras él el silbido de una serpiente.

La mano derecha voló hacia la culata del revólver. En aquel momento uno de los mexicanos tiró nerviosamente, queriendo atravesar la funda y desarmarle antes de que pudiera hacer nada.

La bala rebotó en el metal del «Colt», inutilizó éste y fue a causar una víctima inocente a muy poca distancia. Irina lanzó un grito ronco, como si se le hubiera helado la sangre, cuando notó que el pequeño, en sus brazos, se estremecía violentamente.

La bala le había alcanzado de rechazo. Vio la sangre correr inmediatamente por entre sus ropas.

Irina cayó de rodillas, sin fuerza, mientras miraba a la criatura con ojos desencajados. Los tres mexicanos también quedaron atónitos, paralizados, sin saber qué hacer.

Jamás hubieran esperado una situación como aquélla. Sus bocas abiertas eran incapaces de decir una sola palabra.

Con un movimiento maquinal, John Adams retiró las ropas del niño. La bala le había atravesado un muslo. La herida no era mortal, pero lo sería en cuanto se infectase. Había que extraerle la bala, que acababa de penetrar ya sin fuerzas, y contener la hemorragia antes de que fuera demasiado tarde.

John Adams se encontró con los ojos angustiosos, suplicantes, de Irina.

Durante unos segundos que le parecieron siglos, durante lo que le pareció una extraña eternidad llena de horror, John Adams se enfrentó a la peor encrucijada de su Destino.

Sabía lo que le iba a ocurrir si reconocía ser médico, es decir el fugitivo a quien aquellos hombres buscaban. Sabía también que, de estarse quieto, moriría su hijo.

Los labios de John Adams temblaron espasmódicamente.

Sus ojos rodaron dentro de las órbitas como si hubiese perdido el sentido del equilibrio.

Sólo veía tres cosas: la mirada angustiada de Irina, la sangre de su hijo… y las culatas de los revólveres que aquellos tres mexicanos empuñaban férreamente.

Apretó los dedos, se clavó las uñas en la palma de la mano hasta

hacerse sangre.

Y de pronto no pudo más.

Se abalanzó hacia el pequeño, arrancándolo de los brazos de Irina y llevándolo al inmediato saloon, donde lo tendió sobre una de las mesas. Pidió una botella de *whisky* y exigió que pusieran unas tenacillas en unas brasas, hasta calentarlas al rojo. Todos los establecimientos solían tener de esas tenacillas que servían para pequeñas intervenciones quirúrgicas. Los del saloon obedecieron sin titubear.

Pero con ello John Adams ya se había descubierto.

Ya había proclamado a gritos quién era, y ya no podía tener ninguna salida.

Vio que los tres mexicanos se acercaban lentamente a él. Podían matarle tranquilamente, sin temor a nadie, porque él no era más que un perseguido con la cabeza puesta a precio.

Y vio que sacaban los revólveres lentamente, mientras se detenían a cinco pasos de distancia.

* * *

John Adams volvió la cabeza. En sus ojos, que no habían llorado jamás, brillaron dos pequeñas lágrimas.

—Dejadme que cure al niño —pidió—. Serán sólo diez minutos. Es todo lo que os pido.

Uno de los mexicanos susurró:

—Que no sean once, hermano.

Irina no entendía aquello. Ella no sabía que John Adams era ya un hombre perseguido por la Ley. Sólo sabía que la sangre brotaba de la herida de su hijo y que las manos de John Adams habían empezado a curarlo.

El médico sudaba.

Afortunadamente el niño se había desmayado, y no aullaba de dolor ante aquella cura salvaje que él se veía obligado a hacerle. Pero su cuerpecito temblaba, y cada uno de aquellos estremecimientos se transmitía como un latigazo al cuerpo del hombre.

Cuando extrajo la bala, John Adams ya había dejado de llorar.

Una extraña dignidad flotaba sobre su rostro, una dignidad que ahogaba todo cuanto de malo pudo haber en su vida.

Silenciosamente, sin prisa, pero también sin vacilar, limpió la herida, cortó la hemorragia e hizo además un pequeño torniquete, con la indicación a Irina de que lo sacase transcurrido un corto tiempo.

—El niño está fuera de peligro —dijo—. Tendrá fiebre, pero no debes preocuparte por eso. Es un niño como… como…

De repente volvió la cabeza.

Los tres mexicanos le estaban mirando. Sus manos seguían quietas sobre las culatas.

El silencio era espantoso. Se hubiera podido oír hasta el vuelo de una mosca.

John musitó:

—Han pasado diez minutos justos. Ahora sí que estoy a su disposición, señores.

Les tendió las manos, como si quisiera que le atasen.

—Le prometo que no me escaparé.

—Claro que no te escaparás, hermano… —musitó uno de ellos, sonriendo—. Pensamos asegurarnos desde ahora. Al fin y al cabo lo mismo pagan por ti vivo que muerto…

Y dispararon los tres a la vez.

Irina, mientras veía caer a John Adams con el pecho destrozado, lanzó un grito.

Un grito ronco, lacerante, que pareció surgir de sus fibras más profundas.

Los tres mexicanos no dejaron caer a John Adams al suelo.

Lo sostuvieron a tiempo entre los tres, para sacarlo del saloon y doblarlo sobre la silla de uno de los caballos.

Pero en la puerta del local se encontraron con un hombre en quien no habían pensado ni una sola vez.

Un hombre llamado Norman.

* * *

Norman, que había visto en el último segundo la postrera escena del drama, que se había dado cuenta de lo ocurrido por pura intuición, al advertir la tranquilidad con que aquellos tres hombres disparaban sobre John Adams, tenía ya la derecha cerrada sobre la culata de su revólver.

Norman tenía las facciones rígidas, duras, como talladas en

granito. Sus labios no se movieron para decir:

—Soltad a ese hombre.

—¿Por qué? Vale dos mil dólares…

—Si no fuerais tan desdichados os mataría aquí mismo como a tres perros. Pero vosotros no tenéis más que una parte de culpa. Nadie se preocupó de enseñaros que hay algo más importante que el oro… ¡Vamos, largo de aquí! ¡Y dejad a ese hombre!

Uno de los mexicanos relajó los brazos, sonriendo suavemente, mientras acercaba la derecha a su revólver.

Los otros le imitaron. Sus gestos eran lentos, aplomados. No había en ellos ni un remoto principio de miedo.

—Suelte ese revólver, señor… —dijo uno de ellos suavemente—, si es que quiere desafiarse como las reglas mandan…

Norman soltó el revólver, pero dejó la mano derecha crispada a la altura de la culata, tal como la tenían sus enemigos. Era la posición ideal para disparar. Iba a ser un brutal desafío a muerte, apenas a ochos pasos.

El silencio era atroz, a pesar de que docenas de rostros contemplaban por las ventanas la escena.

Diríase que el aire estaba cargado de electricidad.

Diríase también que nadie respiraba.

Los mexicanos se movieron a la vez, sin previo aviso, y Norman se ladeó violentamente al advertirlo. Su fama macabra, aquella fama que tanto humilló a su propio padre, el predicador, se puso de manifiesto bien claramente. Ninguno de los tres mexicanos tuvo tiempo de tirar. Aquellos tres hombres vestidos de blanco se convirtieron casi instantáneamente en tres hombres vestidos de rojo. Dos de ellos cayeron para no levantarse más, alcanzados en el corazón, y el otro se encogió, mirándole temeroso, con una patética súplica en los ojos.

—No… ¡No vuelva a tirar, señor! ¡No tire!

—Por mi gusto no hubiera disparado ni una sola vez —dijo Norman lentamente—. Tampoco lo haré ahora, no te preocupes. Puedes ir y curarte la herida, con la condición de que entierres a tus amigos dignamente.

El otro accedió. Rápidamente, ayudado por los espectadores, que ahora habían salido de todas partes, cargó los muertos en sus caballos. Le costaba moverse y perdía sangre, pero sabía que podía,

llegar hasta algún rancho donde le curasen la herida. Norman, por su parte, se había vuelto ya hacia Irina.

Su mano grande, fuerte, la mano que acababa de verse obligada a matar, acarició suavemente los cabellos del niño.

—No ocurrirá nada —dijo a Irina—. El niño se salvará.

Lo que ahora voy a hacer será enterrar a su padre… y mi revólver. Enterraré a este hombre en la ciudad. Quiero que el día de mañana su hijo pueda rezar ante su tumba.

—Te ayudaré, Norman.

—¿Tú…?

—Te ayudaré toda la vida, Norman. Eres… eres el hombre más bueno que he conocido.

—Eso sirve de bien poco, muchacha. Mejores eran mis hermanos y mi padre, aunque a veces tuvieran mirada de buitre.

Irina le miró directamente a los ojos. Y en los suyos había como la llama de una vida nueva… y al mismo tiempo como una súplica.

—También eres el hombre que me hubiera gustado conocer… cuando yo era todavía una mujer digna.

—Eres digna, Irina. Siempre lo fuiste. Y si quieres te lo estaré repitiendo todos los días de nuestra vida.

Ella dejó de mirarle. En sus ojos brillaban dos lágrimas. Había en su alma una infinita confusión, pero también una infinita dicha, una felicidad que hasta entonces nunca conoció.

Dijo suavemente:

—Sí, Norman. Sí.

FIN